

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

MAYO - JUNIO, 1947

## SUMARIO

RODOLFO MONDOLFO: LA IDEA DEL PROGRESO HUMANO ¶ GONZALEZ VERA: APRENDIZ DE BARBERO ¶ LUIS FRANCO: CONSTRUIREMOS LA NUEVA BABEL ¶ MAURICIO AMSTER: DISCOS EVOCADORES ¶ EUCLIDES GUZMAN: JUSTICIA LOCAL ¶ ENRIQUE ESPINOZA: LA TRAGEDIA DE WALTHER RATHENAU ¶ PALABRAS PROFETICAS DE RATHENAU

---

SANTIAGO 39 DE CHILE

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

*Pasaje Matte 88 - Tel. 66727*

TODO LO QUE SE  
LEE EN ESPAÑOL

### LIBRERIA NASCIMENTO

*San Antonio 240 - Tel. 32062*

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

*Bandera 445 - Tel. 88118*

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 9351*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### LIBRERIA CULTURA

*Catedral 1039 - Tel. 68813  
Casilla 4130*

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

### LIBRERIA SALVAT

*Agustinas 1043 - Tel. 84734*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

*Ahumada 57 - Teléfono 89166  
Casilla 3126*

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

DISPONIBLE

### LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 23698  
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

### LIBRERIA LA OCASION

*San Diego 125 - Tel. 89608*

LIBROS RAROS, EDICIONES  
CHILENAS AGOTADAS

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

*Apartado 111 Caracas*

ACEPTA REPRESENTACIONES  
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO  
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE



DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE  
**LIBRERIA UNIVERSITARIA**

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,  
 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

<b>ANABALON S., Carlos,</b> <i>Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno, 2 gruesos volúmenes....</i>	<b>GONZALEZ, Angel Custodio</b> <i>Del Amor Cautivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita.....</i>	400.-	35.-
<b>DOMEYKO, Ignacio,</b> <i>Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera)..</i>	<b>JESCHKE, Hans</b> <i>La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra...</i>	60.-	50.-
<b>GAETE B., Alfredo, y otros</b> <i>La Seguridad Social.....</i>	<b>MARSHALL, Enrique</b> <i>La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos.....</i>	40.-	160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
 ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

**B a b e l**

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
 Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. . . . .	\$ 10 mch.
Suscripción a 6 números. . . . .	\$ 50 mch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. . . . .	0,35 u/s.
Suscripción a 6 números. . . . .	2,00 u/s.

Toda la correspondencia de B A B E L debe  
 dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Sgo.  
 Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

¡YA NO ES NECESARIO LLEVAR DINERO CONSIGO!

UTILICE EL

**C**HEQUE DE **V**IAJE

INFORMESE DE SUS CONVENIENTES CONDICIONES  
 EN LAS ESTACIONES Y OFICINAS DE PROPAGANDA

DE LOS

**F**ERROCARRILES DEL **E**STADO

Para

*Cambios y Viajes*

*consulte*

a

**C A M B I T U R**

HUÉRFANOS 1063 / TELÉFONO 64274

*Viajar*

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE  
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

*La Línea Aérea Nacional* mantiene un  
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y  
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a  
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,  
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

*Optica*  
**ROTTER**

CASILLA 72

AHUMADA 268 — SANTIAGO

**Los Grandes Poetas**

*ANTOLOGIA POETICA UNIVERSAL*

*selección de FRANCISCO GALANO*

EDICIÓN RÚSTICA. . . . \$ 80.—

EDICIÓN ENCARTONADA . . \$ 150.—

EDICIÓN EN PAPEL BIBLIA,

EMPASTADA EN CUERO . . \$ 250.—

EN TODAS LAS LIBRERIAS



## Colaboradores

RODOLFO MONDOLFO.— Eminente profesor italiano de filosofía antigua que actualmente desempeña una cátedra en la Universidad de Córdoba. Véase en BABEL: «Sobre la pena de muerte (N.º 27) y «¿Qué es el materialismo histórico» (N.º 31); «La idea del progreso humano en Giordano Bruno», es un anticipo de su próximo libro: *Tres filósofos del Renacimiento* (Bruno, Galileo, Campanella).

GONZÁLEZ VERA.— Autor de *Alhué* y de *Vidas Mínimas*. Colabora regularmente en BABEL desde el número 17. Tienen relación especial con su «Aprendiz de barbero» del presente número: «Estudiantes del año veinte» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35) y «En el Club de Septiembre» (N.º 37).

MAURICIO AMSTER.— Autor del diseño gráfico de BABEL. Ha publicado además en sus páginas: «Recuerdos de Gutiérrez Solana» (N.º 27); «La rama y el retoño» (N.º 34); «Un amigo de Goethe» (N.º 37) y numerosas traducciones. Entre otras: «Leche negra», de Gustav Regler (N.º 23) y «La trilogía de Jules Vallés», de Boy-Zelenski (N.º 32).

LUIS FRANCO.— Colabora en BABEL desde su fundación. Es autor de numerosos libros de versos de los que hay una selección titulada: *Catamarca en cielo y tierra*. En prosa ha publicado: *Walt Whitman* y *El otro Rosas*. Véase especialmente su ensayo: «La poesía del hombre nuevo» (N.º 30).

EUCLIDES GUZMÁN.— Pertenece a la nueva generación de cuentistas chilenos. Véase en BABEL además de la «Presentación» de González Vera: «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (N.º 31); «Mi primer crimen» (N.º 33); «Yo lo sabía...» (N.º 35); «Cuando en Chile se prefabricaban casas» (N.º 36) y «El nacimiento» (N.º 37).

ENRIQUE ESPINOZA.— Director de BABEL desde su fundación. Véase: «La escuela de Sarmiento» (N.os 13 y 14); «Los escritores frente a León Trotsky» (N.os 15 y 16); «La reconquista de Hudson» (N.º 18); «Ignazio Silone y el amor a la verdad» (N.º 27); y «Recuerdo a Eugéne Dabit» (N.º 35).

WALTHER RÁTHENAU.— Nació en Berlín el 27 de Septiembre de 1867 y fué asesinado en la misma ciudad el 25 de Junio de 1922. Es decir, hace justamente veinticinco años. Los fragmentos que publicamos bajo el título de «Palabras proféticas» pertenecen a su libro: *La Nueva Economía* (1917) y fueron traducidos por Catalina Grossmann.

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

M A Y O - J U N I O 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

N U M E R O 39 VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

## LA IDEA DEL PROGRESO HUMANO EN GIORDANO BRUNO

---

NO PARECE PROBABLE QUE UN MILENIO DESCienda SOBRE LA HUMANIDAD, NI QUE SE INSTITUYA UNA SOCIEDAD DE NACIONES MEJOR Y MÁS PODEROSA, NI QUE FORMA ALGUNA DE CRISTIANISMO O ALGO QUE LO SUSTITUYA DÉ LA PAZ AL MUNDO Y LA INTEGRIDAD AL INDIVIDUO, NI QUE SE PRODUZCA UN CAMBIO DE SER. PERO NO DEBEMOS DESESPERAR, NO PODEMOS DESESPERAR; LA EVIDENCIA DE LA HISTORIA DEMUESTRA QUE LOS HOMBRES HAN INSISTIDO EN COMPORTARSE EN FORMA CREADORA BAJO LA SOMBRA DE LA ESPADA; QUE HAN CUMPLIDO SU OBRA ARTÍSTICA Y CIENTÍFICA Y DOMÉSTICA SÓLO POR HACERLA Y QUE MEJOR HAREMOS EN SEGUIR ESE EJEMPLO BAJO LA SOMBRA DE LOS AVIONES.

E. M. FORSTER

LA IDEA del progreso humano, que tiene sus antecedentes y sus primeras manifestaciones en el pensamiento antiguo, se ha afirmado como solución histórica del conflicto entre antigüedad y modernidad — o sea entre el principio de autoridad y el de libertad — en la época del Renacimiento. Su más acabada expresión se encuentra en Giordano Bruno, el cual al afirmar la doble relación de dependencia y de antítesis que liga lo moderno a lo antiguo en el desarrollo histórico, supo dar a esta idea un vigor nuevo que le dió gran repercusión entre los filósofos y hombres de ciencia de su época, logrando desarrollo ulterior en los siglos siguientes. Su visión del progreso se caracteriza por su carácter concreto y por su realismo histórico, que la hacen superior a muchas concepciones posteriores en las cuales la idea del progreso ha asumido un carácter mítico de destino infalible de la humanidad, conforme a la convicción de una intrínseca racionalidad de la historia.

En su diálogo *La cena de las cenizas*, Giordano Bruno, al recordar la serie de los astrónomos que «sucesivamente, a través de los tiempos, han ido arrojando cada uno un poco más de luz, y nos han dado principios suficientes por los cuales nos vemos conducidos a una madurez de juicio que no hubiera podido alcanzarse sino después de muchas y no ociosas épocas»,<sup>1</sup> desarrolla la demostración del principio de que la conquista de la más alta capacidad intelectual requiere una larga y laboriosa serie de generaciones y de siglos.

A la afirmación tradicionalista de Prudencio: «no quiero apartarme de la opinión de los antiguos, porque el sabio dice: en la antigüedad está la sabiduría», responde Teófilo, representante de las reivindicaciones progresistas de la nueva época: «Sí, pero hay que añadir: en los muchos años está la prudencia. Si entendieras bien lo que dices, verías que de tu

1 Cf. *Dialoghi metafisici*; ed. Gentile (Bari), pág. 18.



principio se deduce lo contrario de lo que crees. Es decir, que nosotros somos más viejos y tenemos edad más antigua que nuestros predecesores. El juicio de Eudoxio, que vivió poco después de la renaciente astronomía (si acaso la astronomía renació entonces) no ha podido ser tan maduro como el de Calipo, que vivió treinta años después de la muerte de Alejandro Magno, y el cual, al ir sumando años tras años, pudo ir agregando observaciones a las observaciones. Por la misma razón Hiparco tenía que saber más que Calipo, porque vio los cambios hechos hasta 196 años después de la muerte de Alejandro. Menelao, geómetra romano, que vio la diferencia de movimiento 462 años después de la muerte de Alejandro, hay razones para que entendiera más que Hiparco. Más aún debía ver Mahomet Aracense 1202 años después de esa muerte. Y aun más ha visto Copérnico, casi en nuestros días, a 1849 años de la misma muerte. Pero si algunos que han venido después no han sido más penetrantes que aquellos que les precedieron, y si la multitud de los que viven en nuestro tiempo no tiene por ello más inteligencia, ello se debe a que no vivieron los años de los pasados, o, lo que es peor, vivieron muertos en los años propios.»<sup>2</sup>

En este esbozo de una teoría del progreso humano hay que destacar varios puntos:

*Primero.* Hay una afirmación del progreso, pero ello no implica ningún concepto mítico de una racionalidad intrínseca a la historia o de una finalidad trascendente a los hombres. Consiste, en cambio, en la consideración de tres puntos: *a)* la existencia de dificultades que superan la capacidad de una persona o de una generación aislada o inicial; *b)* las condiciones que sólo hacen posible el progreso gradual hacia la solución de las dificultades (es decir, la acumulación de resultados parciales sucesivos que logra constituir una suma siempre mayor de resultados y posibilidades); *c)* la realización del hecho de que las conquistas de las generaciones precedentes se convierten precisamente en posibilidades y medios de nuevas conquistas para las generaciones sucesivas, es decir, que el punto de llegada de las primeras se convierte en punto de partida para las segundas.

*Segundo.* Afirma el progreso como un hecho real en la historia, pero no constante e indefectible. Ninguna fatalidad lo predispone y ninguna lo prohíbe o impide. Su presencia o ausencia son igualmente posibles, y el cumplimiento de una o

<sup>2</sup> Edición citada, págs. 28 y sig.

de otra eventualidad depende de que las épocas sucesivas sean laboriosas o bien ociosas, es decir, depende del grado de vitalidad fecunda que desarrollen los hombres que constituyen cada época. O bien estos hombres *viven* vitalmente los años de las generaciones pasadas, asimilándose las conquistas vivas de aquéllas y desarrollando ellas también la misma energía viva que las ha determinado y que recibe constantemente de ellas nuevo sustento e impulso para conquistas ulteriores, o bien pasan *muertos* los años propios y los de los demás, inertes e incapaces de revivir y continuar el movimiento y el sendero de las generaciones precedentes. ¿A qué se debe que ocurra una u otra eventualidad? ¿A un destino prefijado? ¿A un plan racional de la Providencia? ¿Al azar? ¿A la sagacidad o a la locura de la historia? Giordano Bruno, como veremos en seguida, no recurre a ninguna de estas explicaciones, sino que indica, de manera realista, causas concretas, humanas e históricas.

*Tercero.* El progreso de que nos habla Giordano Bruno no es aproximación a una meta preconcebida, sino sobre todo un alejamiento del estado de la vida animal que se logra en virtud del desarrollo extensivo e intensivo de la cultura y el incremento de la capacidad humana y de los medios que esta capacidad conquista y pone en funcionamiento. Se encuentra ya en él esbozada la reciprocidad de acción entre productos y capacidad productora que más tarde Espinoza pondría enteramente en claro al mostrar cómo la capacidad inicial, a través de la producción de un resultado inicial, se fortalece y aumenta en extensión y en intensidad porque el producto se vuelve instrumento y arma de una capacidad más vasta y alta, y por lo tanto de una producción ulterior más amplia y eficaz: así, continuamente el aumento de los resultados se convierte en incremento de las fuerzas, y este incremento a su vez en aumento de los resultados sucesivos, en un proceso dialéctico que dos siglos después Marx llamará «reversión de la praxis».

Parece, pues, evidente que en el progreso, que es incremento, no se puede andar buscando cambios cualitativos absolutos o creación de novedades absolutas y sin precedentes. Es novedad y creación el mismo crecimiento cuantitativo, tanto más cuanto que no significa sólo aumento de extensión, sino también intensificación de fuerzas activas.

Hay en el progreso la acumulación de resultados, de observaciones, de conocimientos; pero los resultados se vuelven después medios, las observaciones se traducen en datos para



nuevos descubrimientos, los conocimientos vienen a constituir riqueza capitalizada dispuesta para nuevas adquisiciones, de tal modo que hay un crecimiento de la capacidad y de la habilidad, una maduración del juicio y de la previsión, un desarrollo de la prudencia y de la inteligencia humanas.

A través y dentro de la misma variación cuantitativa vienen a cumplirse así también las variaciones cualitativas. Y por eso Bruno, en su *Spaccio della bestia trionfante*, explica la capacidad de progreso del hombre precisamente como la potencia de crear realidades nuevas y distintas de las ya existentes, potencia semejante a la capacidad creadora de Dios. «Los dioses habían dado al hombre el intelecto y las manos, y lo habían hecho a semejanza de ellos, concediéndole una facultad superior a la de los demás animales, no sólo para poder obrar según la naturaleza y el uso común, sino *más allá* y fuera de las leyes de la naturaleza, a fin de que formando o pudiendo formar con su ingenio otras naturalezas, otros cursos, otros órdenes, con esa libertad, sin la cual no existiría la semejanza con la divinidad, viniese a convertirse en dios de la tierra».<sup>3</sup>

Pero las cosas nuevas que el hombre es capaz de crear, sea cualitativa o cuantitativamente, no se producen sin que se ponga en juego su actividad intelectual y práctica. Esa potencia creadora que acerca al hombre a los dioses — agrega Giordano Bruno — «cuando permanece en el ocio se transforma en algo frustrado y vano, tan inútil como el ojo que no ve o la mano que no toma».

Pero ¿qué es lo que suscita y mueve la laboriosidad y el ingenio humano? Bruno responde: la necesidad. La actividad intelectual está indisolublemente unida a la material; y como ésta recibe su estímulo de la necesidad, el hombre se ve empujado continuamente por la misma necesidad de la existencia al desarrollo progresivo de la propia industria y de su potencia mental creadora.

«Y por eso — dice — ha determinado la Providencia que esté ocupado en la acción por las manos y en la contemplación por el intelecto, de manera que no contemple sin acción ni obre sin contemplación. Así, pues, en la edad de oro los hombres, por su ocio, no eran más virtuosos que actualmente los animales, y quizá eran más tontos que muchos de éstos. Pero habiendo nacido entre ellos las dificultades o renacido las necesidades, por emulación de actos divinos y por la adaptación de impulsos espirituales, se ha aguzado el ingenio, se han in-

3 Cfs. *Dialoghi morali*, ed. Gentile (Bari), pág. 143.

ventado las industrias, se han descubierto las artes, y de día en día, en medio de la indigencia, de las profundidades del intelecto humano surgen nuevas y maravillosas invenciones. Por eso alejándose más y más del ser bestial por sus ocupaciones solícitas y urgentes más se aproximan al ser divino.»<sup>4</sup>

Por este surgimiento de necesidades y por el continuo e inagotable brotar de necesidades nuevas a causa de la misma satisfacción de las precedentes, el progreso humano parecería constituir una ley sin excepciones ni desviaciones. Y entonces ¿cómo se explica el hecho, reconocido explícitamente por Giordano Bruno, de que por un lado hay hombres y edades que viven y progresan y por otro hombres y edades muertas, que no sólo no hacen adquisiciones nuevas, sino que pierden aún las ya hechas, y que significan, peor que una tregua, un retroceso?

Giordano Bruno no se propuso clara y explícitamente este problema, pero ofrece, sin embargo, algunos elementos para su solución. Cuando en su *Spaccio della bestia trionfante* introduce la Fatiga, que se incita a sí misma a una laboriosidad más viva («lejos de mí toda pereza, toda ociosidad, toda negligencia, toda vil holgazanería, toda indolencia!»), le hace dirigir una serie de invocaciones a las fuerzas auxiliares: «Tú, Industria mía, pon ante los ojos la consideración de tu provecho y de tu fin... Tú, Esperanza ¿qué haces que no me espoleneas, que no me incitas? ¡Arriba! ¡Haz que yo espere éxito halagüeño de las cosas difíciles! Sagacidad, haz que yo no me retire de las cosas inciertas o dudosas y no vuelva las espaldas, sino que paso a paso me aleje de ellas a salvo... Tú harás que no intente ninguna cosa sino cuando pueda hacerlo de manera adecuada. Hazme, en el obrar, más cautelosa que fuerte si no puedes hacerme igualmente cautelosa que fuerte... Tú, Paciencia, afírmame y refréname... No me harás alzar el ancla y alejar la popa de la ribera cuando puedan esperarme las turbulencias insuperables del mar tempestuoso. Y de esta manera me darás tiempo para vérmelas con el Consejo, el cual me hará mirar: 1.º a mí misma; 2.º la empresa que tengo que cumplir; 3.º para qué fin y por qué la emprendo; 4.º cuáles son las circunstancias; 5.º cuándo; 6.º dónde; 7.º con quién.»<sup>5</sup>

Así, pues, la laboriosidad, estimulada por la necesidad en la creación y el desarrollo progresivo de las artes e industrias,

4 Edición citada, pág. 143 y sig.  
5 Edición citada, pág. 129 y sig.



tiene un carácter *económico*, un motivo y fundamento utilitarios: despierta y se excita por la previsión del «provecho» y por la fe en el «éxito halagüeño», pero se detiene cuando falta la fe en el resultado útil y se retrae en cuanto vislumbra un daño en vez de un beneficio, es decir, cuando presiente la experiencia de resultados contrarios a las aspiraciones y esperanzas estimuladoras de la acción.

Las reflexiones de Giordano Bruno pueden servir para explicar el fenómeno histórico de «las olas de resignación» (según la frase del gran historiador Rostovszeff), de que ofrece un ejemplo típico el imperio romano de los siglos IV y V, bajo el feroz estatismo económico de los emperadores de aquella época: «Si un campesino — escribe Rostovszeff — lograba hacer prosperar sus tierras y acrecentarlas, sabía bien que su destino era ser promovido a *curialis*, lo cual significaba esclavitud, opresión y en último término la ruina.» Por eso nadie tenía interés en aumentar los propios esfuerzos y hacerlos más fecundos y productivos, sino, por el contrario, en limitarlos y vivir al día, situación análoga a la producida en la Europa continental de nuestro tiempo por el nacionalismo totalitario, tendiente a la absorción completa del individuo y de toda su actividad y producción para hacerle servir a una finalidad de guerra permanente: la incertidumbre del mañana, la inestabilidad de la propia condición de los individuos, de las clases y de las naciones, la certidumbre de no poder confiar esperanzadamente en los resultados del propio esfuerzo, sino de verlo desviado hacia otro fin por un poder superior habían determinado en todas partes, antes del estallido mismo de la guerra, un estado de ánimo de fatalismo inerte y pasivo, de escepticismo resignado, que repudiaba y rechazaba todo esfuerzo o iniciativa tendientes a crear algo para un *mañana* en el cual nadie podía confiar. La Europa continental, aun antes del estallido de la guerra, se acercaba a una paralización del progreso, el cual sólo puede realizarse mediante la actividad laboriosa dirigida hacia la creación de un mañana mejor, en el cual es preciso que se pueda tener fe.

La enseñanza que se desprende de la teoría del progreso de Giordano Bruno vale, pues, tanto para el individuo, en las contingencias singulares de su vida personal, como para las colectividades humanas en el curso de su historia. En la relación entre la acción y el resultado, entre el impulso y la fe, relación variable según las condiciones a que la actividad humana tiene que enfrentarse, se encuentra la razón de las diferencias que presentan las diferentes épocas históricas en cuan-

to a la eficacia progresiva, estática o regresiva del estímulo de las necesidades. Hacer renacer la confianza de la humanidad es, pues, la gran tarea de la postguerra para promover en el mundo un nuevo ímpetu de progreso.



## APRENDIZ DE BARBERO

A SERGIO ATRIA

APENAS abandonaba o perdía un empleo, era menester que encontrara otro, pronto, con remuneración, es claro. Nunca tuve tiempo de aprender oficio. Debía aceptar lo que se presentara. Vagamente admiraba a profesores y médicos y, cuando mi fantasía se desataba, veíame tras brillantes estudios, enseñando con no poca majestad o salvando la vida a un desahuciado. Hasta hablé de iniciar una u otra carrera. ¿Qué sería de mí ahora si entonces me tomo en serio?

No tuve ambiciones concretas. Me dejé llevar por la vida y la vida ha sido conmigo complaciente. Al recordar a las innumerables personas que me han allanado el camino, porque les nació hacerlo, a las cuales no he podido devolver ni un gramo de cuanto me dieron, hallo que la generosidad no escasea en el mundo, y hasta suele asistirme la confianza de que el hombre, cuando sienta que la vida ajena es tan preciosa como la suya, cuando lo sienta de manera imperiosa, sin posibilidad de subterfugio, no necesitará buscar su salvación más allá de las nubes.

Mas, como la gente del pueblo es compasiva y siempre está temiendo que aumenten los vagos, al quedar cesante, alguien me proporcionaba nueva tarea.

El acaso hízome entrar de aprendiz en una barbería situada en calle San Pablo cerca de Brasil. En las tardes, en la acera del frente, reuníanse los árabes de las paqueterías inmediatas a fumar en narguilé, formando gran algazara con su endiablado idioma que da al hablante, no la expresión del que trasmite ideas y sentimientos, sino la de expeler arena.

La peluquería era de Gualterio Stones, que conservaba un dejo de esa extravagancia de los ingleses expatriados. Su padre vino de Birmingham. Gualterio tenía humor, era bondadoso, y movíalo una pasión incontenible por las ideas anarquistas. En la puerta de su negocio había un muestrario de libros baratos: *Soldado no mates*, *Evolución y Revolución*, *Trabajador no votes*, *La conquista del pan*, *En el Café*, etcétera.

El peluquero estaba sentado en forma de garabato — era flaquísimo — con un libro pegado a la nariz. Cuando advir-

tió nuestra presencia, acompañábame un obrero anarquista, entornó los párpados para vernos mejor. No distinguía sino los objetos muy próximos.

— Este es el joven de que le hablé...

— ¿Es de la causa?

— No. Simpatizante.

— Bueno... vamos a ver si le agrada este trabajo. La cuestión es ponerle empeño, como en todo. Un peluquero puede ir por el mundo con sus tijeras y su navaja. No se gana mucho, pero se gana siempre. Si es aficionado a leer, si quiere cultivar su mente, tiene horas y ratos para hacerlo. Yo digo que el que quiere aprender, aprende.

Durante tres días estuve viéndole trabajar. La clientela era de obreros modestos. Sentábanse sin hablar y él atacaba firme. No habrían chistado aunque los hubiese afeitado con hacha.

Stones amenizaba su trabajo con un monólogo, inspirado en los libros de la entrada, que aplicaba a los hechos presentes. Los parroquianos no le hacían objeción ninguna. Respondían con vagos gruñidos, casi sin mover los labios, pero atentos al camino de la navaja.

— Ya se declaró otra huelga... La gente deja el trabajo porque le pagan poco, porque la explotan. Y los patronos les pagan poco porque necesitan ganar el máximo. La gente no sabe vivir. Es lo que me digo y redigo. Los que ganan menos son los más numerosos. ¿Recuerda usted a Galvarino? Era un indio muy advertido. Cuando quisieron obligarlo a trabajar, huyó, y de lejos, luego de cortarse una mano, la mandó al godó para que la hiciera trabajar. ¿Qué le parece? — Sus saltos de una idea a otra aumentaban el mutismo de los clientes.

Su humor desaparecía cuando un sujeto le pedía corte cuadrado. Este exigía gran atención. Fuera de cortar había que untar cada pelo con cebo hasta dejar la cabeza igual a un cepillo. Otros preferían corte redondo. Bastaba con disminuir el cabello de mayor a menor y no requería ningún menjurje. Estos dos estilos, fuera de ser muy varoniles, hacían innecesario el peinado cotidiano. Si el parroquiano era un esteta, optaba por la melena. La raya se dejaba al lado y los melenudos necesitaban tener comercio diario con la peineta.

La partida al medio había caído en desuso. Se la reservaba a las mujeres y a los que encontraban bueno imitarlas. El peinado hacia atrás señala el apogeo de la inteligencia. Lo llevaban pensadores e intelectuales con el fin de mostrar la frente despejada. Todo frentudo era considerado inteligenti-



simo. Si lo desmentía con sus acciones, la gente confundíase y no quería creer a sus ojos.

Mi maestro, al salir un cliente, decíame:

— ¡Hay que formar conciencia! El pueblo ignora su fuerza, ignora que existe. Ese es el papel de los pensadores: decirle a cada uno que es un hombre, probarles que unidos son un mar, un poder decisivo.

A veces el deleite de hablar durábale, pero como era discontinuo, solía callar de repente, y sin transición así un pensador y lo mantenía junto a sus ojos.

Me entregó la máquina al cuarto día.

— ¡Siga usted!

Con pavor la cogí. Ese objeto mecánico, mudo, causóme desasosiego. Sin embargo, no cabía vacilar. La acerqué a la nuca del paciente y la moví hacia arriba. Al cortar dejaba escalones y al insistir los hacía más profundos. Mientras tanto mi patrón fruncía sus párpados y seguía mi desastrosa labor. Al sentirme observado el pulso se me entorpeció y la máquina tomó un camino más zigzagueante todavía.

— Ahora... ¡démela!

Dando un corte aquí y otro allá corrigió el estropicio y el parroquiano salió muy orondo.

Al quedar solos hizo su comentario:

— No se trata de hacer escaleras. No. Además, éstas se hacen de palo, no de pelo. Hay que cortar parejo. Esa es toda la ciencia. Si dejamos que alguien salga así, apenas se dé cuenta, vuelve y nos asesina.

Y de nuevo buscaba la compañía de un pensador.

Me convidaba con once e iniciaba una conversación ajena al trabajo, tal vez con la mira de formarme conciencia.

— Usted se habrá fijado en los turcos... Abren temprano, cierran cuando no pasa ni un alma. Si nadie entra, permanecen inmóviles. Así ahorran energía y ropa. Después se van a sus casas. Viven en casas grandes. ¿Cuántos habitan la misma? ¡Sólo Dios lo sabe! ¿Los ha visto entrar? Son como hormigas. A la vuelta de unos años abren su fábrica. Y siguen igual: con la misma ropa, la misma cara, el mismo paso. Sólo por lo que hay dentro de sus fábricas uno comprende que son ricos. ¿Qué hacen los chilenos, no son inteligentes acaso, no son trabajadores? Una fiesta para el cumpleaños, otra para el dieciocho, otra para el año nuevo, una en cada mes y entreveradas otras fiestecitas. Y todas con vino a cántaros. Alguien dice que el chileno trabaja para vivir y que los extranjeros viven para trabajar. Pero el chileno ni siquiera vive al

día. salvo los muy pobres que no tienen quien les fíe un diez. Y yo digo que no debería ser así. Nuestro país no está hecho para pobres. ¿Qué hace un pobre sin plata? Toma una prenda y el agenciero le presta por ella algo, con 36 por ciento de interés al año. En cambio ¿qué le ocurre al pudiente necesitado? Hipoteca su fundo y paga un interés de 4 por ciento al año. ¿Se fija usted? Aquí el pobre no tiene porvenir, el único camino es hacerse de algo, el trabajador debe *amallarse* con su plata y no entregarla toda a los viñateros. Si la sociedad estuviera organizada en otra forma, digamos si hubiera un poco de socialismo, no importaría ser como los pájaros, aunque los pájaros también trabajan. Uno los ve volar y parece una fiesta ¡pero no hay nada de eso! En cada vuelo traen una pajita y a poco andar tienen un nido completo. El zorzal salta por aquí, salta por allá, y ¡zas! que saca una lombriz, y luego saca otra y así va viviendo. Hasta los bichos aprovechan el tiempo. ¿Se ha fijado en la araña? Ella conoce los caminos del aire. Entre dos ramas arma su tela y luego desaparece. ¿Dónde se mete? Mientras tanto se enreda la mosca, se pegan los insectos. La araña se parece al pescador. El pescador echa su red y espera. Y tal vez la red es un acomodo de la telaraña.

Su monólogo solía rematarlo con una risotada o con un salto mortal. Caía limpiamente sobre una mano y un pie. En seguida sentábase con esa seriedad del que acaba de comulgar. Era la excentricidad inglesa que le fluía desde los huesos.

Una tarde se arrellanó y me dijo:

— Aféiteme, pero con calma.

Empecé por enjabonarlo.

— Dentro de la nariz, no; ni en las orejas tampoco. En la barba no más.

Guió mi mano la divina providencia al rasurarle la mejilla izquierda. Bajó la navaja con suavidad y la piel quedó limpia. No tuve igual suerte con la otra. Me puse trémulo y le hice dos cortaduras.

— Está bueno. ¡Venga la navaja!

De dos pasadas su rostro quedó bruñido. Lavóse, peinó sus cuatro pelos, entornó sus párpados y habló:

— Nosotros somos barberos y peluqueros... ¿entiende usted? Pero no sangradores. Eso no. ¡Eso lo hacen los médicos! Además, por mucho que usted corte a la gente, no conseguirá gran cosa. Nuestros clientes son obreros mal alimentados, su sangre es poca, y esa la necesitan para ir viviendo.



Y abrió un libro y púsose a leerlo con urgencia. Así continuamos. Yo hacía el trabajo inicial y Stones corregía y terminaba, sobre todo cuando le venía el impulso proselitista.

— Es gracioso. Hay unos hombres que se llaman los políticos. Hablan de la patria día y noche y luego nos amuelan con un impuesto... Con la fábula de dar vida a los campos, consiguen que se hagan los mejores caminos por la orilla de sus fundos. ¿Quién los elige? ¿Quién vota por ellos? El pobre. Y así se echa una soga al cuello. Si no hubiese políticos ¿quién declararía las guerras?

Una tarde muy quieta, Stones me habló con mayor seriedad:

— Compañero, estoy dispuesto a guiarte. Me he formado buena opinión de usted. Sin embargo, es mejor que practique en la barba de sus amigos. Le facilitaré navaja, hisopo, jabón, lo que necesite. Cuando su seguridad sea mayor, se viene para acá. Por ahora no conviene. Se irían los clientes y, como vivimos de ellos, hay que conservarlos. Yo sé que usted saldrá adelante. Tiene paciencia, es sosegado, ¿que más quiere? No deje de leer. Instrúyase. Es increíble la cantidad de libros que caben en una sola cabeza... y de cada uno algo queda. Si yo tuviera su edad ¿adónde no iría? Pero los jóvenes tienen que ser tontos hasta que se les asienta el seso. ¡Tener tanta energía y no saber emplearla! Y después tener tanta experiencia y tan poca energía. El ser humano...

Y sorpresivamente dióse la más extraña voltereta de su serie, acaso para jovializar el ambiente.

Encontré razonable su proposición, aunque era un despido, tal vez porque al día siguiente no estaría sujeto a horario. ¡Qué agradable es vagar sin rumbo, entregarse a lo imprevisto, tener una tarde para hacer algo que no sea útil! Llega un tiempo en que todo es regular, previsto y rutinario. Cómo seguiría enriqueciéndose la vida del ser humano si cada día reservara una media hora para perderla.

Después de una mañana y algo más de ocio verdadero, decidí seguir el consejo del peluquero Stones. Pensé en Francisco Pezoa, acaso por verlo a menudo sin rasurarse.

Pezoa no era un cualquiera. Estudió en la escuela de los burreros, que estuvo en San Pablo esquina de Colegio, y tuvo de condiscípulos a Augusto Pinto, zapatero; Farías, hojalatero, y Carlos Lezana, maletero.

El profesor sentíase feliz cuando una señora le invitaba a una fiesta hogareña, sobre todo cuando le pedía que cantase. Presa de la más deliciosa exaltación se empeñaba con Tosca o

un trozo del Trovador. Le asistía el convencimiento de ser un tenor de cierta calidad.

Como profesor no se estimaba. Nunca se jactó de serlo ni creyó un solo instante que la enseñanza es un sacerdocio. Enseñaba como podía. Bueno es decir que no era hombre de partido ni figuraba en el registro de los que aspiran a mejorar el mundo. Empero su verbo era tan dinámico y la manera de presentar los temas tan llena de interrogantes que sus discípulos, al menos los que nombré, revisaron todas sus creencias e ideas y junto con arribar a la adolescencia se hicieron anarquistas. Era el ideal de la época, el asilo de las mejores esperanzas. Cuantos se fastidiaban de ser católicos o demócratas, y cuantos rehuían serlo, llegaban al anarquismo.

El socialismo no logró extenderse. La causa pudo ser que los partidos demócrata y radical asimilaban a sus programas de promesas el contenido mínimo del socialismo.

Entre los anarquistas dominó el deseo de saber, el anhelo de sobresalir en los oficios y el afán de formarse personalidad. El individuo lo era todo, era el principio y fin de la sociedad. Cada persona buscaba su acento personal. Era raro encontrar dos de actitud semejante. Se tendía hacia la diferenciación a veces a expensas del buen sentido. Uno suprimía de su lenguaje todo término que sugiriera la idea de propiedad, otro se consagraba a la oratoria, éste encarnaba a Zaratustra, ese adoptaba el régimen vegetariano, aquel hacía escritor, tal predicaba la medicina naturista, cual optaba por la música, zutano convertíase en vagabundo para ir predicando por ciudades, aldeas y caseríos la gran palabra, mengano echaba sobre sí la tarea de convertirse en un ejemplo humano, había quienes se consagraban a organizar sociedades de resistencia para interesar al pueblo en sus ideas, otros practicaban el valor vendiendo periódicos sin Dios en las puertas de las iglesias o irrumpiendo con discursos imprevistos en reuniones de carácter conservador o clerical y había aún los fumistas que se ponían a mirar algo vago hasta conseguir que un grupo se interesara y diera por cierto lo inexistente; algunos entraban a restaurantes y se hacían servir por señas, sin perjuicio de despedirse de viva voz al abandonar el local.

Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, fuera de consagrarse al estudio con pasión. Durante un año entero estudiaba geografía, al siguiente francés y así por espacio de decenios. Lezana leyó mucho, derivó hacia el volterianismo, salvo en lo que se refiere a conciertos y exposiciones de pintura que desde temprano fueron su devoción. Farías,



el hojalatero, fué un buen conocedor de la poesía francesa. Asistía a las reuniones sin aportar pasión, discursos ni tomar para sí ningún trabajo, como no fuera discurrir sobre Mallarmé o Rimbaud.

Francisco Pezoa, si bien no logró fama, escribió *La Pampa*, canción que se canta con una melodía popular. Nadie que haya trabajado en el salitre la ignora. Luego concibió otras estrofas, también para ser cantadas con música conocida, en las cuales describe la sociedad futura o hace desfilar, sin mérito, a generales, curas y burgueses. Leyó los clásicos, aprendió italiano y fué un entendido en cooperativismo. Escribió en prosa austera y clarísima. Antes del año 20 fué secretario de la asamblea obrera de alimentación nacional, especie de parlamento obrero que comprendía a radicales sueltos, socialistas, universitarios, anarquistas, personajes obsesionados por un problema único, arbitristas, salvadores de la patria y toda esa gente que no cabe en parte alguna. Allí se discutía de precios, religión, industria, revolución social, teosofía, organización obrera, agricultura, la teoría del valor, todo, todo. Las discusiones eran ardientes, enconadísimas. Cuando parecía que unos se abalanzarían sobre el cuello de los otros, Pezoa, que conservaba un resto de cigarrillo en la comisura, con voz amistosa, proponía un voto de acuerdo. Se lo aceptaban por unanimidad.

No he conocido otra persona con un arte tan grande para situarse en el punto medio y descubrir el nexo entre dos oposiciones. De ser demócrata, por esta sola cualidad habría sido diputado, ministro, diplomático, un hombre inevitable. Quizás si le faltó una mujer.

Como había hecho suya una doctrina contraria a todo lo establecido, no le sirvió irradiar simpatía, ver claro, ser ecuanime ni saber lo que sabía.

No le sirvió.

Era cigarrero, oficio mal remunerado, intermitente, que solo tenía de bueno el dejar la mente libre. Pezoa adquirió en su ejercicio su paciencia y su espíritu de reflexión. Ejercíendolo también empezó a echarse vino al cuerpo. Su culto a los viñateros acabó con los demás.

Por ser letrado, cuando un gremio estaba en vísperas de huelga o había un movimiento obrero, él era el redactor de las proclamas o los manifiestos.

Los panaderos dividíanse, entonces, en desamparados y saloneros. Estos hacían vida gremial y disponían de locales. Los primeros vivían en las panaderías quince o treinta días

sin ver la calle. Sus patronos les guardaban el vestuario durante la reclusión y así podían fijar a su antojo salario, horas de trabajo y demás condiciones de la faena. Había panaderías que casi no tenían saloneros. Con el personal de desamparados impedían las huelgas y hacían frente a todo conato de cambio. Los saloneros esperaban a los desamparados al salir y si no adherían éstos a la buena doctrina mediante el verbo, venían los puñetes como lluvia malhechora y más tarde el puñal. No obstante el progreso era lentísimo. Entonces los saloneros pusieron su fe en la letra. Pezoa ayudó con su pluma al triunfo de los organizados, escribió decenas de proclamas que apelaban a la conciencia humana. Estas se imprimían y penetraban hasta las salas de amasijo, llegaban a los hornos, subían a los camastros de los desamparados. No abundaban los libros en ese tiempo y los obreros que leían el diario podían contarse. Cualquier papelito impreso era un evangelio. Se lo leía una y otra vez y la palabra se hacía carne. Los panaderos libres triunfaron en definitiva y no sabiendo cómo demostrar a Pezoa su gratitud, se apoderaban de él y lo hacían beber días y semanas. Así fueron inutilizándolo. Hubo momentos en que Pezoa quiso zafarse de sus admiradores. Partió al norte y entró a *El Pacífico* de redactor. De nuevo el vino le hizo traición.

En sus últimos quince años, Manuel Rojas le confió la corrección de pruebas de las Prensas de la Universidad de Chile. A fuerza de reprimendas logró se moderara.

Cuando lo elegí para hacer mi práctica de barbero, vivía en calle Santa Filomena, en un conventillo. Ocupaba una habitación espaciosa pero alejada del sol. Lo encontré haciendo cigarrillos y escuchando a su madre, ya anciana, que no cesaba de recriminarlo por su vida sin objeto. Pezoa era afable, de genio alegre, muy tolerante y resignado. No le quedaba ninguna arista ni nada de lo que constituye a un creyente, a un reformador. Había caído en el escepticismo, aunque siempre estaba dispuesto a servir a los que creen.

Aceptó que lo afeitase. Lo senté, le enjaboné las mejillas con cuidado y empecé a rasurarlo. La luz no abundaba. Para hacerlo mejor dejé de conversar. Apenas le despejé un carrillo Pezoa me dijo que era suficiente. El se afeitara el otro lado en la mañana.

Tal vez la navaja estaba mal asentada o mi mano no fué liviana. Le argüí que se vería rarísimo. El encontró que no importaba por hallarse en casa. Tuvo la finura de variar de conversación.

Al anochecer, cuando quise retirarme, me acompañó por la orilla del Mapocho. No he olvidado nunca su juicio melancólico acerca de los pequeños intelectuales de origen obrero:

— Su situación es harto curiosa. Vienen del pueblo pero en éste no encajan, sea porque son más instruídos, sea porque con las lecturas perdieron lo genuino. Su preparación los equipara a los burgueses. Mas a estos les parecen más extraños aún ya por su formación popular, ya por su pobreza — y miró su traje ajado, gastado, informe.

Después del ensayo con Pezoa me sentí ridículo y comprendí que jamás sería un buen barbero. Si él, que era tan benigno, no soportó que le rasurara sino una mejilla, debí actuar malísimamente. Tras unos días de vacilación envié las herramientas al compañero Stones. No me atreví a devolvérselas en persona por la retahíla de bromas que me habría prodigado. Estaba muy abatido para resistirlas.

Ahogué mi fracaso yendo a la Biblioteca de la mañana a la noche durante quince o más días. Cuando salía, al atardecer, sentía esa extrañeza del viajero que llega a su ciudad natal. Entonces leía a los rusos y pasaba el día en la estepa o junto al Volga.



## CONSTRUIREMOS LA NUEVA BABEL

(Porque el socialismo, no es solamente la cuestión obrera o del cuarto estado; es sobre todo, en su forma de hoy, la cuestión del ateísmo, la cuestión de la torre de Babel, construída a espaldas de Dios, no para subir de la tierra al cielo, sino para bajar el cielo a la tierra). ДОСТОЙЕВСКИЙ.

*DEMASIADO los mapas sudaron sangre y llanto.  
Demasiado el hombre se arrastró sobre sus aprensiones  
y miedos  
como el ciempiés sobre sus patas.  
Demasiado desesperó  
con la cargada amargura de los jorobados,  
con la amarga dulzura de los ciegos.  
Demasiado compartió el tiempo de pirámides e ídolos.*

*El pasado desvencijado hace agua por todas partes  
y se hunde  
para enriquecer las vitrinas submarinas.  
Una esperanza más poderosa que los ángeles  
se amasa con el polvo de las desesperaciones,  
y el limo verde y el agua roja de los génesis,  
y el soplo del celeste, celeste espíritu de la tierra.*

*En la sangre del hombre están todas las zonas.  
Ondas del trópico, icebergs del polo.  
Paralelos y meridianos cruzan su pecho  
y su barro batido con sueños y con lágrimas  
y reflejador de las constelaciones.  
Desaforados espacios y lapsos abarca la órbita del hombre.  
¡Hace rato que las patrias no pueden contenerlo!*



De nada serviría que el poder atómico  
 haya convertido en luz de bengala al rayo,  
 si el animal profético,  
 el que redimió su desnudez con la piel de las fieras  
 decretando su porvenir remoto,  
 siguiera comiendo fábulas y nieblas.  
 ¿No es hora de que coma sus propias profecías?  
 (Dentro del hombre los que lo precedieron  
 marchan con él empujándolo.)

Aquel a quien su propio dolor y sus conflictos,  
 el mezclado color de la noche y el infierno,  
 han prestado su ayuda, pese a todo  
 — como la sal y las tempestades evitan la corrupción del  
 mar —,  
 desuncirá su frente,  
 desuncirá sus manos,  
 para construir la Nueva Babel.

El hombre tendrá que separarse de sus sueños falsos  
 como el avaro al morir se separa de sus monedas,  
 y lo que ató la violencia miope  
 lo desatará la violencia capitaneada por la luz.  
 Y tendrán que ser quebrados los dientes  
 de los caníbales de hoy,  
 de los que labran su congestionada rojura con la palidez  
 de los otros,  
 los que viven de la demorada muerte de los otros,  
 y será abolida de golpe la calle de todas las vergüenzas  
 que separa a los ricos de los pobres,  
 para construir la Nueva Babel.

Las perlas no las hace el mar,  
 sino el sudor agonioso de los buzos y galeotes.  
 El hombre descendió a través del infierno y de los muertos.  
 Ascenderá de nuevo.

Ascenderá el hombre de los bajos fondos  
 con los otros a remolque.  
 Pero antes serán jubilados los ídolos  
 (el Estado y la Propiedad con sus polizontes,  
 los Dogmas con sus aureolas)  
 y será decapitada la Casta de cabeza de cerdo,  
 para construir la Nueva Babel.

Los aviones de la Nueva Babel  
 trizarán las fronteras de las patrias arcaicas,  
 las que fusilan a los amotinados por el hambre o la es-  
 peranza  
 y condecoran a Basilio Zaharoff.  
 Las gestapos y gepeús serán números de museo.  
 El mundo del tanto por ciento custodiado por obispos y  
 brigadieres,  
 será pieza de museo.  
 Y el ocio parasitario se caerá de henchido.  
 La nueva canción del hombre  
 será la profunda y estrellada canción del hierro en el  
 yunque.

Los ojos preclaros del hombre  
 entre el doble misterio de su barba selvosa  
 y su frente explayada,  
 alumbrarán en lo más secreto de su hondura  
 las aguas dulces de la amistad  
 como el rayo alumbra en las nubes la fuente de los ríos,  
 para construir la Nueva Babel.

El corazón del individuo volverá a la especie  
 (ella con su sacra variedad infinita  
 y su infinito futuro)  
 para inaugurar la totalidad del hombre.  
 Entonces lo fuerte no estará divorciado de lo puro.

*Una atmósfera sin campanas neumáticas ni globos  
cautivos  
libertará los pechos  
como el surco termina por abrir las semillas más her-  
méticas.*

*La fraternidad no será cosa de sebo y humo en los altares,  
sino algo imprescindible para las construcciones vivas  
como el cemento portland para las otras.*

*El corazón cargado de fantasmas y sombras  
se habrá alumbrado al fin con sus propias lágrimas.  
Avanzará vestido de pupilas,  
y la confusión de lenguas  
se trocará en rimas de miradas y latidos,  
en la Nueva Babel.*

*Antes de desenvainar su alba verdadera  
(hecha de sangre de corazones de hombre  
y luz de frentes de hombres)  
habrá dejado sus ropas manchadas de llagas y sudores  
infames,  
el hombre cambiado de perfil y de fondo.  
Ese ya no abdicará ante la violencia  
sino cuando sea gendarme el pensamiento,  
y habrá jubilado todo ensueño tráfuga,  
y todo miedo inútil.  
Entonces será la Navidad de la alegría,  
una alegría recién nacida y desnuda,  
con su sonrisa capaz de matar a la muerte.*

*Ya habrá devorado sus demonios y sus dioses  
para sacramentar su propia fuerza,  
el constructor de la Nueva Babel.*

## DISCOS EVOCADORES

SON TRES discos de gramófono grabados en Barcelona, en 1938. Los tuvimos una vez, se nos perdieron, ahora acabamos de oírlos de nuevo. Como un perfume que evoca la melancolía de experiencias que no han de repetirse, así estos discos traen el recuerdo de una época que tampoco volverá en mucho tiempo y que valió la pena de ser vivida.

Era una época en que el hambre debilitaba el cuerpo, las alarmas interrumpían el sueño y el peligro alteraba los nervios. Se trabajaban jornadas sin descanso con dos platos de lentejas hervidas al día. Las noches sin luz estaban llenas de sobresaltos, aullidos y detonaciones. Salir de ello cuanto antes era el deseo de todos, pero no al precio de una claudicación. Se ponía buena cara al mal tiempo y se reía más de la cuenta para borrar el pánico. En tal ambiente nacieron estos discos.

Los hizo Ernesto Busch. Era actor y cantante. Tenía facha de metalúrgico y una voz de metal. Sabía interpretar como nadie la rebeldía del hombre contra su mala suerte y cuando cantaba en las concentraciones obreras de Berlín, llevaba a las aulas una atmósfera de barricadas. Creía en lo que cantaba y pronunciaba cada palabra con mucha claridad, pues el contenido le valía más que la forma. Cuando, emigrado político, llegó a España, se encontró en su elemento: podía cantar en todas las lenguas a los combatientes de todo el mundo.

\*

El coro se componía de cuatro individuos de tropa. Para ensayar nos reuníamos en un estudio. Era un lugar estrecho y sofocante, junto a una taberna llamada «La Panza». Cuando el ingeniero dispuso finalmente el molde de cera y el brazo del aparato se posó sobre la límpida superficie, nos quedamos arrobados mirando los surcos que trazaba la aguja de zafiro. Ante nosotros se estaban perpetuando canciones inolvidables de una lucha que parecía decisiva. El canto de Busch resonaba en el espacio con notas de amor e ira, nostalgia y coraje. Una emoción incontenible nos estremecía la piel mientras en



el molde de cera se iba formando una tenue virutilla desalojada por la voz del artista.

El grabado tuvo que interrumpirse algunas veces. En el acolchado estudio no penetraba el sonido descorazonador de las sirenas de alarma y las interrupciones de la corriente nos pillaban desprevenidos. El aparato se paraba y una oscuridad total invadía el lugar. A la luz de una vela nos sentábamos, incómodos, esperando de un momento a otro perder la vida y la ocasión de pasar a la posteridad. El reguero de explosiones comenzaba lejos, se aproximaba ominosamente, estremecía los cimientos del edificio, volvía a alejarse. La luz retornaba con un nervioso parpadeo, un molde nuevo ocupaba el plato, recomenzaba la tarea.

Fueron cantados en la línea de fuego, grabados en medio de la metralla, ahora salían relucientes de la prensa a vapor. Alrededor, máquinas innumerables torneaban piezas de ametralladoras, espoletas de tiempo, culatas para fusiles. Los discos se fabricaban como material de guerra, junto a las armas partían para los frentes. Llevaban una melodiosa promesa de triunfo que no hubo de lograrse. Los más se perdieron junto a las vidas de sus dueños. Una temporal derrota acalló los restantes en la tierra que los vió nacer. Algunos cruzaron la frontera — discos antifascistas al destierro. Su autor fué internado en el campo disciplinario Le Vernet, recinto de disentería, violencia y muerte. Si vive todavía, sírvanle estas líneas de cálido homenaje.

\*

Gira el disco y la voz del amigo resuena de nuevo. Vivía en nuestra memoria, ahora revive en el mecanismo. ¡Qué de recuerdos trae! Brotan palabras castellanas: *Los cuatrrro generrrales, mamita mía, que se han alzado...* Gastamos horas en enseñarle los matices de la pronunciación, con escaso éxito. El resto de la canción la continuó en alemán: *Die Herren Generäle, mamita mía...* El estribillo español le salía bien, se encariñó con él y lo conservó en su traducción... *Para la Nochebuena, mamita mía, serán ahorcados...* ¿Cuándo llegará la noche buena?

Gira el disco, otro lustroso fragmento de un pasado que tardará en volver: La canción de la solidaridad sentida y cantada en cuatro idiomas:

*Y como ser humano el hombre lo que quiere es su pan...*  
*... He wants no servants under him and no boss over his head...*  
*... Range toi dans le front de tous les ouvriers avec tous tes frères étrangers...*  
*... Reih'dich ein in die Arbeiterreinheitsfront weil du auch ein Arbeiter bist...*

Bellas palabras de antaño, cuando tenían sentido. Miles de voluntarios cayeron por solidaridad con sus hermanos extranjeros. Con ellos murió la palabra. Humillados en las prisiones, en vano esperaban el asilo en la tierra de promisión. Siguieron muriendo por millares, de balazos, de torturas, de agotamiento. Morían en Le Vernet, junto a Busch, recordando tal vez su canción. Volvían la mirada hacia el país donde «La Internacional» era himno del Estado. Fué suprimido. De la solidaridad internacional queda ahora el disco. Se acabó la cuerda.

Está tensa otra vez. Gira el disco: *Die Moorsoldaten* — los soldados del pantano. Presos en un campo de concentración — sólo ciénaga y desierto alrededor — parten en cuadrillas a extraer la turba: *somos los soldados del pantano y al pantano vamos, azadón al hombro...* Una canción anónima y monótona, triste como la esclavitud, de incomparable desolación. El régimen que mandaba hombres al pantano existe ya, vencido bajo la invocación de los derechos del hombre. Pero los campos quedan, poblados como antes y no sólo por sus antiguos carceleros. Los soldados del pantano siguen cantando su pena: republicanos en España, pacifistas en Norteamérica, comunistas en Siberia, judíos sin hogar en Chipre, hombres libres en todas partes. La canción conserva su actualidad y continúa válida su última estrofa: *Mas para nosotros no hay quejas. El invierno no durará eternamente...* La esperanza mantiene el apego a la vida. Quizás pudo mantener también el tuyo, Ernesto Busch, amigo y camarada.

★

## JUSTICIA LOCAL

ATENDÍA yo de vez en cuando la construcción de un edificio para uno de mis hermanos, en una pequeña comuna de los alrededores de Santiago, sin suponer que podría ello acarrearle demasiadas molestias. Una mañana, el cuidador me habló de una notificación municipal, que consideré sin importancia. Como en estos sitios la gente acostumbra no pedir permiso para levantar sus casas, la municipalidad considera sin duda más fácil controlar sólo aquellas construcciones que tienen permiso, como la que yo atendía. En la notificación, escrita por un semianalfabeto, podía leerse, después de no poco trabajo, que el delito consistía en «llenar heridos sin permiso». La palabra «heridos» (zanjas de cimientos) estaba escrita sin hache. Esta notificación se debía sin duda a un error, puesto que teníamos permiso no sólo para hacer eso tan extraño de «llenar heridos», sino para otras cosas semejantes. Además, estaba hecha, también por error, a nombre de mi hermano.

Después de un tiempo, cuando la denuncia había sido olvidada por completo, hallé al cuidador particularmente alarmado porque dos individuos habían estado esperándome para comunicarme una orden de prisión, o talvez para llevarme ya arrestado. Pensé que debía preocuparme de arreglar este asunto y que bastaría sin duda para ello pasar una mañana por el municipio.

El director de obras municipales se alarmó talvez demasiado frente a lo que me ocurría, porque la denuncia había ya pasado por las complicadas tramitaciones del juzgado de policía local — para quien era yo en ese momento un reo rebelde —, y no era ya posible detenerla muy fácilmente. Don Anselmo, que así se llama, y a quien conocí cuando obtuve los permisos para esa y otras construcciones en la comuna, es un viejecito con parálisis en su brazo izquierdo y gran parte de ese lado de su cuerpo. Está en ese puesto por quizás qué razones sentimentales y, sobre todo, porque hay allí muy poco trabajo. Al ver ahora su brazo más alterado que de costumbre, pude recordar mi sufrimiento cada vez que tenía que esperar llenara los numerosos formularios de los permisos. Tenía entonces tiempo de sobra para pensar por qué no usaba una plu-

ma menos puntiaguda, que no moviera el papel que no podía mantener sujeto y por qué no había simplificado la rúbrica de su firma, que daba varias vueltas temblorosas alrededor de su nombre. Yo no podía saber en esos casos si sería correcto que le ayudase a mantener quieto el papel, y casi siempre prefería más bien no hacerlo e ignorar sus dificultades, hasta que terminaba él por cargarlo con un pisapapeles.

— Hay funcionarios que se propasan...

Ha dicho ahora esta frase varias veces, mientras me obliga a esperar, porque parece que va a adoptar alguna actitud. Luego, una vez que se cerciora de que nadie le escucha, mirando a todos lados, se acerca a mí y me dice en voz muy baja:

— Es un comunista...

— ¿Quién? — le pregunto.

— Digo que es un comunista... Ah!... Silva, el inspector que lo notificó.— Me relata en seguida, como un colegial a la maestra de campo, cómo el tal Silva se abstiene de denunciar a los infractores que son camaradas y fiscaliza en cambio con extraordinario celo a los que no lo son.

— O sea, le digo, que me ha tomado por un burgués.

— Hay funcionarios que se propasan... Usted sabe... Funcionarios que se propasan...

— Podrían enseñarle a escribir, o por lo menos a ver en alguna parte a los que tienen sus permisos al día.

Hace un gesto como para indicar que los comunistas son terribles o que nada de eso se puede con ellos y comienza de nuevo a lamentar mi situación, como si nada tuviese que ver con ella.

El juzgado funciona dos veces por semana. Concluyo por último que no hay otro camino que volver al día siguiente, que es uno de los días en que funciona, a las nueve de la mañana, y hablar con el juez. Salgo del municipio y al echar a andar, comienzo recién a considerar que soy un reo rebelde. El aire está muy puro y el sol entibia las aceras, entre hileras de árboles alegres.

\*

El juzgado está en el mismo edificio ruinoso del municipio, colindante con el cuartel de carabineros. El pasillo estrecho que le antecede, perpendicular a la acera, y que el día anterior estaba desierto, apenas puede ahora contener la gente de las más diversas apariencias, que espera ser llamada a comparecer ante el juez. Unos están de pie y otros sentados en una ban-



ca larga y rústica que corre a lo largo del muro. Algunos se pasean por la acera, atentos cada vez que enfrentan el pasillo, a las llamadas que desde el fondo hace un carabinero. Todo esto resulta para mí desagradablemente inesperado y me abro paso entre la gente para ver si puedo averiguar algo. Pronto me doy cuenta que no hay razón alguna para que sea atendido antes que los demás y me arrinconan lleno de desaliento. Unas tablas muy mal unidas separan el fondo del pasillo con el patio del cuartel. Veo las caballerizas y un carabinero en mangas de camisa que se entretiene en dar lustre a unas correas. Un sujeto, que debe de ser un preso, limpia las cunetas de las caballerizas, con tanta lentitud como si estuviese fotografiado con una cámara de movimiento retardado.

Se me ocurre intentar algo con el carabinero que anuncia los nombres de los agraciados. Levanta el pecho y modula las palabras con solemnidad y orgullo, como si él dirigiese toda la ceremonia. Me acerco y le pregunto:

— ¿A qué hora llaman a los rebeldes?

— ¿A quienes? me dice, con voz no apropiada para bromas.

— A los que no se han presentado antes...

— ¡Espere, espere! Ya lo llamarán, me grita casi, en forma concluyente.

Decido, ya un poco desesperado, ir a la dirección de obras a hablar de nuevo con don Anselmo. Debo de llevar una cara especial, porque él se asusta cuando me ve, como si yo pudiese cometer algún desatino, y se apresta a acompañarme al juzgado. Camina con mucha dificultad y, mientras lo sigo, comienzo a sentir por él una compasión infinita. Después que pasa con gran trabajo por entre la gente que espera y llega a la puerta guardada por el carabinero, veo que actúa con mucho más temor que yo, y se vuelve a mí tan afligido, que trato de tranquilizarlo y termino por decirle que no me importará mucho esperar. Se va muy agradecido de mi actitud y desde la puerta me hace gestos indefinibles.

En un extremo de la banca está sentada una viejecita, con cara inefable, que observa todo con interés, sin participar en la conversación de la gente que espera. Como han llamado a dos personas cuyos nombres comienzan con B, presumo que están siguiendo un orden alfabético y decido esperar. Salgo un poco a la calle a tomar aire y comienzo después de un rato a reparar en algunas personas. A la entrada del pasillo hay una mujer que explica su caso con calor a dos o tres sujetos que la escuchan en primer plano y a otros que, un poco más distantes, disimulan no importarles nada el relato, pero escu-

chan también con el oído atento. Dos muchachos enclenques están arrimados a sus costados, con los ojos muy abiertos. Dice que el canalla de su yerno «no se quedará riendo de ella» porque tiene testigos y pruebas.

— Pruebas también ¿no ve?

Y comienza a desenvolver un paquete para mostrarlas. Los oyentes, incluso los del segundo plano, se interesan por ver su contenido, porque el paquete produce un ruido extraño. Envueltos en varias capas de diarios aparecen trozos de vidrios quebrados, de diversos tamaños.

— Aquí están las pruebas. . . y están estos — dice señalando a los muchachos — que vieron todo como fué. . .

Los dos chiquillos enclenques, muy avergonzados, esconden sus rostros en los pliegues de la falda de la mujer.

A mi lado, demasiado cerca de mí, se produce el encuentro de dos amigos corpulentos, que se dan palmadas como para romperse las espaldas. Uno de ellos dice aquello de que el mundo es muy chico y estallan en risotadas estruendosas, subrayadas con nuevas palmadas, muy admirados por lo que acaban de comprobar.

— ¡Usted don Lucho siempre igual, lleno de vida! ¿Todavía tiene palomas?

Prefiero ponerme a alguna distancia, por temor a alcanzar algún manotazo.

De pronto se produce un gran silencio y luego me doy cuenta que es el juez que viene saliendo de su sala de audiencia y deberá pasar por entre la gente. El carabinero explica que volverá en unos minutos y todos abren paso con gran recogimiento. El camina con la solemnidad con que lo habría hecho Alfonso el Sabio y se dirige a la municipalidad. Pienso que podría aprovechar esta oportunidad para exponerle mi caso y lo sigo algunos pasos, hasta que me acobarda la majestad de su andar. Entra un momento al urinario del municipio y vuelve luego y se le abre de nuevo paso, como si viniese de hacer trascendentales consultas. Y se reanudan las charlas interrumpidas.

La viejecita del extremo de la banca tiene algo de especial interés. Está muy compuesta, vestida de negro, con un sombrero ceñido, como los que usan las señoras de edad, sujeto con gran cuidado, aunque visiblemente viejo. En un grupo de mujeres que está de pie al lado del carabinero, descubro casi con asombro, ajena a todo, a una muchacha que me parece muy bella. No podría decir si sus ropas son elegantes o no, pero ella se ve diferente del resto. Con algo de cansancio



en el rostro, mira enfrente de sí, sin que alcance a tocarla este ambiente. A su lado, una mujer que parece ser su madre, no ha dejado un instante de hablar a otra mujer de rostro anguloso, que se muestra cada vez más asombrada y ajena.

— ¿Supo que murió Chamberlain?

— ¿Siii? ¡Mire no más!...

— Sí. Anoche lo dijo la radio del Pacífico.

— ¿Y quién es él?

— ¿Chamberlain? Un ministro, pues, muy famoso. Un caballero muy bueno, que no quería que hubiese guerra.

— Ah!...

— Nosotros oímos todas las noches las noticias de la radio del Pacífico... A mi marido no le gusta oír radio, porque dan muchos avisos, pero todos los días, antes de las nueve, está ya esperando las noticias... Y tenemos que escucharlas todos en silencio...

La muchacha permanece rodeada de un ambiente intocado y posee en este momento una belleza casi increíble. Parece que estas charlas deben aburrirle tanto como las noticias de la radio del Pacífico.

Hace un rato que pasaron la letra de mi apellido sin llarme. El juez terminará su audiencia a las 12 y veo que quedará la mitad de la gente sin ser atendida. Además de las nuevas personas que vendrán a la próxima audiencia en busca de justicia. Mi estado de ánimo pasa por crisis de desaliento, que recorren toda una gama de intensidades. Pienso ahora que si no hago algo por mí, esta absurda situación puede prolongarse indefinidamente. Salgo a la calle y, por hacer algo, camino por décima o vigésima vez hacia el municipio. A la entrada, hay un letrado que dice: «Alcalde. Atiende al público de 10 a 12 horas.» Estoy dentro de esa hora y me asombro de que no se me haya ocurrido antes hablar con él. Estimo que debo quejarme duramente de la irresponsabilidad de sus funcionarios y que él tendrá que darme una solución. Ordeno la forma en que debo decírselo y, dispuesto a terminar el incidente de una vez por todas, me decido resueltamente a entrar a su oficina. Como nadie resguarda la entrada, puedo pasar a su interior con facilidad. Detrás de su escritorio, el alcalde me resulta algo diferente de lo que yo esperaba, aunque previamente no me lo había imaginado en forma alguna. Tiene una cabeza canosa, muy interesante, y aparece muy limpio. No me dice palabra alguna, pero con gestos muy expresivos me indica que tome asiento y se dispone a escucharme. Es demasiado limpio y correcto para estar en un sitio

como éste. Pienso que con su cabeza tan interesante podría muy bien ocupar cualquier cargo importante en la administración pública. Luego, como presumo que no me escucha, hago un resumen muy torpe de mi tragedia, sin decir nada de lo que tenía pensado. Cuando termino, toca un timbre, y después de un rato aparece en la puerta... ¡el propio don Anselmo!, con su brazo casi enloquecido. Conozco entonces la voz del alcalde:

— Atienda usted al señor.

Salgo muy arrepentido de haber dado este paso. El viejo, cuando va saliendo, se devuelve y le dice a la cabeza canosa, que permanece inmóvil:

— Hay funcionarios que se propasan... Usted sabe, señor Alcalde... Funcionarios que se propasan...

Tranquilizo de nuevo a don Anselmo y le prometo que iré a continuar mi inútil espera.

Vuelvo otra vez al pasillo, ahora sin plan alguno. Me acerco de nuevo al carabinero, con la esperanza de hallar un medio de explicarle lo que me ocurre, pero me doy cuenta con sólo mirarlo que la inactividad de su oficio lo mantiene con demasiada energía acumulada, que lo incapacita para usar su cerebro. A través de las tablas veo que su congénere todavía limpia algo, ahora unos metales relucientes.

Una mujer, que se ha separado de un corrillo, se sienta junto a la viejita que está en un extremo de la banca y comienza a hacerle preguntas, con el fin de averiguar el motivo que la ha llevado a ese lugar. Como ella me ha interesado desde un comienzo, me esfuerzo por escuchar. Antes de contestar, su cara se llena de dulzura y hace unos gestos extraños, completamente innecesarios. Dice que es de Magallanes y que desde hace muchos años, desde que «lo mataron», espera se le haga justicia. Ha recorrido diferentes ciudades y esperado en infinidad de juzgados, sin conseguir se le escuche su caso. Mira a la mujer un rato con fijeza y luego me mira a mí, que me he acercado un poco. No me atrevo a decir nada y espero que continúe. Dice que tiene fe en la justicia, aunque está a veces muy cansada de su peregrinación. Y mirándose sin duda hacia adentro, con los ojos muy abiertos, usa una voz diferente para decir que no desmayará mientras le quede un soplo de vida. Siempre espera, dice, en las antecámaras de los juzgados y nunca la llaman. Pero espera y espera, siempre.

La mujer que escucha se va retirando poco a poco de ella, deslizándose por la banca, con la cara asombrada. Sospe-



cho que busca un nombre para la sensación que ha sentido y la forma más impresionante para relatarla a sus amigas. La viejecita se sume con toda facilidad de nuevo en su compostura y tranquilidad anterior.

Poco a poco comienzan a irse los que están seguros que no alcanzarán a ser llamados y en una nueva crisis de desaliento, un poco mayor que las otras, decido echar todo esto al infierno e irme de una vez, sin preocuparme más del asunto. Creo sin embargo correcto — sin duda porque no estoy bien decidido — dar cuenta de esta determinación al director de obras. El viejo, muy afectado con lo que le digo, toma al parecer de súbito una decisión suprema y, dándome una tarjeta suya, me asegura que en la próxima audiencia del juez será llamado tan pronto la haga presentar al secretario. Yo, también impresionado por la magnitud de lo que ha decidido, le prometo venir el día que me señala.

\*

En efecto, a los pocos momentos que el carabinero entrega la tarjeta al secretario del juez, sale de nuevo a ocupar su puesto en la puerta y con voz estentórea pronuncia el nombre de mi hermano. Tardo unos segundos en comprender que soy yo quien debe entrar entonces y, por fin, estoy en la sala de audiencia. Ella, que es bastante larga y desmantelada, está dividida transversalmente en dos partes casi iguales por una barandilla, de modo que uno queda a cierta distancia de la tarima del juez, que está al fondo. El juez, ignorando mi presencia, revisa por ambos lados un papel donde debe estar escrita la denuncia, y a veces hace un ruido con la boca, como si leyera. El papel está lleno de timbres y anotaciones rojas. Después de un momento, dice, sin mirarme:

— ¡Ochenta pesos de multa!

— Señor Juez. Yo...

Toma de nuevo el papel, como si hubiese olvidado algo y decide rebajar veinte pesos, supongo que en vista de mi comienzo de protesta. Escribe algo en él, y sentencia con solemnidad:

— ¡Fulano de tal (el nombre de mi hermano) debe pagar sesenta pesos de multa o cumplir seis días de prisión!

Esta alusión última a mi derecho a la libertad no logra impresionarme en lo más mínimo, talvez porque está hecha a nombre de mi hermano, y pregunto, con voz que resultó demasiado alta:

— ¿Sabe el señor juez el delito que he cometido?

Me mira recién por sobre los anteojos, visiblemente desconcertado, y tomando el papel que había ya puesto junto con los documentos despachados, comienza a buscar en él. Trata luego de descifrar los extraños caracteres de la denuncia:

— Lle... lle - nar... e... e - ri... dos...

— Heridos. Heridos se escribe con hache.

— ... sin per - miso. ¿Por qué hizo usted «eso» sin permiso?

Le explico que tengo los permisos de la Dirección de Obras con fecha anterior a la de ese denuncia.

Se vuelve el juez hacia el secretario, que está a su izquierda, un poco más abajo, sin disfrutar de la tarima, y cambia con él algunas frases en voz baja, en que adivino se refiere a don Anselmo y su Dirección de Obras. Y de nuevo se dirige a mí:

— Lo siento mucho, señor — muestra una sonrisa maligna, llena de dientes amarillos — pero ha sido condenado usted en rebeldía.

— No lo he sido yo. Ese es mi hermano.

— ¿Y por qué ha venido usted?

— Porque yo cometí el delito...

El juez retira un poco la silla del escritorio y se echa atrás, como mostrando que su labor es abrumadora y poco digna a veces de su persona.

— ¿Cómo, cómo es eso? — pregunta.

Ya sin respeto alguno, digo aquí lo que pensé decir al alcalde. Recordando su cabeza canosa, hablo con bastante elocuencia de lo deficiente de la organización municipal, del problema que significa el que un funcionario esté de acuerdo con el reclamante en que sus subalternos son inservibles, de la importancia del tiempo que he perdido, y de otras cosas así.

Al fin de mi arenga, que ha oído con los codos en la mesa y las manos entrelazadas a la altura de la boca, le pasa el papel al secretario, y le dice, con voz completamente humana:

— José, arregle usted eso.

Y dirigiéndose a mí:

— Está bien. Puede retirarse.

El carabinero me abre la puerta con correctos y precisos movimientos y salgo al pasillo, lleno de gente que espera se le haga justicia. Algunos ya me son conocidos, como la viejecita que está sentada en el mismo extremo de la banca.

## LA TRAGEDIA DE WALTHER RATHENAU

Hace años en una hora de confesión recordé a un pequeño número de amigos la metáfora platónica del auriga que doma y sujeta en carrera veloz a sus dos obstinados caballos. En mi mano los dos caballos llámanse voluntad y contemplación y puedo decir que la pugna es dura y que llega casi al límite de la destrucción de una vida. — W. Rathenau: APOLOGÍA.

DE SEGURO, el más grande anhelo del pensador político moderno es quedar en la memoria de sus contemporáneos como arquetipo nunca visto antes de su advenimiento y realización dentro de la sociedad actual. Este anhelo, por paradójico que parezca, puede a veces no ser del todo consciente hasta en el más lúcido. Sin embargo, acompañará siempre al solitario en su gabinete de trabajo, contribuyendo a fijar teóricamente su imagen del mundo si ésta y aquél son de veras singulares en su época. Una minoría de lectores expertos lo aclamará inmediatamente, pero el pueblo, desdeñado en forma indirecta por el literato como encarnación de su voluntad creadora, sólo acompañará en silencio su féretro.

El caso de Walther Rathenau es ilustrativo al respecto. Y su tragedia, tanto como de un destino adverso al libre desarrollo de su personalidad bajo el reinado de Guillermo II, nace a nuestro juicio de que ha entrado en la historia como el mártir número uno de los grandes judíos alemanes de su generación. Y no principalmente a causa de su vida y de su obra extraordinarias. Porque con el conde Kessler, su mejor biógrafo hasta hoy, creemos que, ante todo, «Rathenau es uno de esos «moralistas», hombres de mundo, filósofos, estadistas, como La Rochefoucauld, La Bruyère, Vauvenargues, Chamfort, Rivarol, cuyo *esprit*, delicadeza e imaginación penetran los misterios del corazón humano y de las relaciones sociales para expresarlos con frase brillante y acerada como un relámpago.»

Lo que no impide al autor de *La Nueva Economía* ser, asimismo, algo enteramente distinto y original dentro de otro campo ajeno en gran parte al medio agrario donde aquellos

ilustres maestros florecieron a lo largo de los siglos XVI y XVII. Por esta diferencia específica y su enorme aporte individual, Rathenau pertenece a la categoría de los pensadores políticos que dijimos al principio. Y si es cierto que, a pesar de su origen judío, hunde sus raíces en el pasado menos remoto, brinda los frutos de su intelecto para el porvenir más próximo.

Pues mientras por un lado, como hijo de uno de los más altos inspiradores del tardío industrialismo alemán, Walther Rathenau les parece a muchos<sup>1</sup> un cuasi Junker honorario, que al final de la época guillermina está a punto de convertirse en un Disraeli prusiano, por el otro, los menos adivinan en su don de organizador genial a un posible Trotsky antimarxista... Su propio biógrafo ya citado, que fué uno de los negociadores del Tratado de Brest - Litovsk con los bolcheviques, sugiere antes de contar en extenso una opinión circunstancial de Rathenau sobre aquéllos y su sistema, que las ideas dirigidas de la Rusia planificada de Stalin fueron más las de Rathenau que las de Marx.

Desde luego, hay que aceptar con beneficio de inventario cualquier fácil paralelo. En general, como afirma precisamente Marx, completando a Hegel, cuando la historia repite grandes hechos y personajes lo hace una vez como tragedia y otra como comedia. Pero Walther Rathenau, insistimos, para evitar todo equívoco, es una personalidad señera de rasgos peculiares, inconfundibles. Si como literato es justo ubicarlo, por el raro esplendor de su estilo, entre los moralistas franceses, como sociólogo y estadista cuenta, sin duda, en un justo término medio entre Lord Beaconsfield y Trotsky. De donde dimana igualmente su tragedia. Para explicárnosla sin recurrir a ninguna otra ecuación histórica como la de Blum, por ejemplo, es preciso echar una ojeada sobre los comienzos de la vida y de la obra de Walther Rathenau. Como dijimos, no hay que incidir aquélla únicamente sobre su trayectoria política, pues en verdad, hasta bien doblada la cuarentena, el hijo del poderoso fundador de la *A. E. G.*, nacido a fines de 1867 en un modesto suburbio de Berlín, junto a las máquinas de la primitiva fábrica de su padre, no interviene casi en los negocios del Estado. Cuando a los veinticinco años termina en Suiza de perfeccionar sus estudios de física, iniciados con Helmholtz, al mismo tiempo que los de filosofía con Dilthey, el joven Rathenau, que ha sentido desde niño una irresistible in-

<sup>1</sup> Entre otros, al traductor español de su ensayo «El Kaiser», Emilio Halfter, que le añade graciosamente el *von* según puede verse consultando «El libro del pueblo». Núm. 19. C. I. A. P.



clinación por el arte y la literatura y se ha distinguido ya en el cultivo del teatro dramático, duda como Hamlet qué camino tomar para ser él mismo.

A pesar de la próspera fortuna paterna, el flamante ingeniero se mete a trabajar duro en la usina electroquímica de un pueblito llamado Bitterfeld, donde al cabo de siete años logra crearse no sin dificultades una posición económica independiente. Así evita por lo menos en su propia casa ese «complejo de lo secundario», para darle algún nombre pomposo, que había sufrido ya por su origen hebreo en la calle y que alcanza expresión definitiva más tarde en uno de sus mejores ensayos polémicos:

«Hay en la juventud de todo judío alemán un momento amargo del que se acordará toda la vida: y es aquel en que por primera vez se da cuenta de que ha entrado al mundo como ciudadano de segunda clase y que por altos que sean sus méritos y los servicios que pueda prestar, continuará siéndolo.»

Esta conciencia de la condición cuando menos problemática de su vida como ciudadano, hizo de Walther Ráthenau, el intelectual que no se dejaba dominar por un fin único, a la manera de su padre, un hombre con su contrario.

Al regreso de la provinciana fábrica de Bitterfeld, donde había enriquecido igualmente su espíritu con profundas reflexiones de carácter social y filosófico, Ráthenau vacila una vez más sobre qué camino seguir: el de su voluntarioso padre o el suyo propio. Presiente a través de las continuas divergencias personales que ambos caminos son paralelos y se decide finalmente a tomar los dos. Por eso, en las postrimerías del siglo XIX, al mismo tiempo que publica en la revista que dirige Maximiliano Harden sus primeros ensayos literarios: «Escucha, Israel» y «Fisiología de los negocios», incorpórase al consejo administrativo de la *A. E. G.*, que preside su padre.

Durante tres años el joven escritor inserta con frecuencia en *Die Zukunft*, bajo seudónimo que apenas disfraza su verdadero nombre, ingeniosos aforismos de alto valor literario, sin dejar por eso de planear numerosas centrales eléctricas dentro y fuera de Europa: v. g., en Bakú y Buenos Aires.

Por esta misma época empieza su vida mundana en Berlín. Como amante de la tradición judío-alemana de la primera mitad del siglo XIX, Ráthenau gusta frecuentar algunos salones intelectuales que conservan ecos del antiguo esplendor de los tiempos de Heine. «Para mí — le escribe a una amiga — es algo maravilloso tocar con mis dedos de pequeño ingeniero electricista este último círculo encantado del romanticismo.»

Pero como Heine, Ráthenau ya no es un romántico a secas. La experiencia de los negocios y de las persecuciones le ha dado un sentido exacto de la realidad moderna. Con todo, sobre su espíritu apasionado ejerce, a no caber duda, una gran fascinación el medioevo alemán a través de algunas de sus sombrías supervivencias feudales. De ahí que a su aparición como literato se hiciera eco arrebatadamente de los rubios espectros extraviados por la Selva Negra, en quienes teóricos «racistas» como Gobineau y Houston Stewart Chamberlain, ajenos a la evolución natural del país, exaltaron una sangre «aria» que no llevaban tampoco ellos en sus venas. Según Kessler, Walther Ráthenau había de pagar con su vida esta incipiente adhesión, muchas veces desmentida después.

Entretanto, su éxito inmediato de banquero-filósofo le franqueaba las puertas no sólo de los salones mundanos donde su primo, el pintor Max Liebermann, era ya una figura célebre, sino los de la turbia corte del Káiser.

Cuando a la temprana muerte de su hermano Erich, en 1903, Walther Ráthenau vióse obligado a reemplazar casi totalmente a su padre, abatido por tamaña desgracia, en la presidencia de la *A. E. G.*, su carrera industrial conoce aún menos límites que su carrera literaria. Forma parte del consejo de ochenta y tantas empresas financieras ligadas entre sí. De acuerdo a una fórmula que más tarde se haría familiar en Francia y en Estados Unidos, Ráthenau es entonces uno de los doscientos hombres que dirigen el mundo. Sin embargo, en un ensayo escrito al año siguiente y titulado «De la debilidad, del miedo y del fin», se nos revela tan poco ufano de su poderío como de su inteligencia. Su problema era, evidentemente, distinto al de cualquier arribista irresponsable. Así, a otra amiga que ansiaba verlo convertido en ministro de Relaciones Exteriores, le participa, humilde y altivo como siempre: «Mi profesión de industrial me basta, mis estudios literarios son para mí una necesidad vital. Juntar a esto un tercer orden de actividad, la política, sobrepasa no sólo el límite de mis fuerzas, sino también el de mis deseos. Sin embargo, aunque tuviese ambiciones en este dominio, usted sabe bien, mi estimada señora, que todas las circunstancias externas vendrían a contrariarlas. Pues bien que yo y los míos hemos servido siempre a nuestro país lo mejor que pudimos, sigo siendo, como no lo ignora usted, judío y ciudadano de segunda clase.»

Ráthenau podía, es claro, conseguir un tratamiento excepcional sin renegar religiosamente de su origen étnico. Pero estaba lejos de constituir un remedio «a la injusticia que las cla-



ses superiores hacen a los judíos», en su opinión. Y, por tanto, debía dejarlo insatisfecho. Pensó salir de Alemania entonces por una corta temporada siquiera.

En Mayo de 1906 este auténtico ingeniero del alma moderna emprende viaje a Grecia en procura de unas vacaciones extraordinarias. Pero vuelve trayendo, además de un cuaderno de croquis, el convencimiento místico de que debe poner toda su experiencia de orden interno al servicio de una reconstrucción política y social del mundo. «En Grecia — escribe Ráthenau — tengo también mis herejías: evito los campos de ruinas, los cadáveres desecados bajo un sol implacable y me atengo a la joven inmortalidad del agua, del aire y de la tierra.»

La idea de abandonar sus múltiples empresas industriales para consagrarse por entero al «reinado del espíritu» preocupa grandemente al peregrino. Mas como no se trata tampoco aquí de resolver una situación personal mediante la santidad o el ascetismo, sino de cumplir una experiencia de interés general, Ráthenau sigue a su regreso lo que ha llamado con propiedad el camino del abismo.

En esta contradictoria marcha espectacular hacia el auto-sacrificio, poco ha de servirle la beatitud jasídica que conoce justamente aquel año a través de los libros de Martín Buber, y menos aún la inolvidable de la *Ética*, que aprovecha en su *Breviarium Mysticum*, escrito en Grecia.

Lejos de quedarse al margen de las espadas, Walther Ráthenau aceptará, por último, secundarlas en su propio terreno, convencido de que sólo una industria organizada en gran escala puede salvar a su país y a Europa de una catástrofe.

Su profecía de una nueva era de intercambio en contraposición al militarismo exclusivo que impulsaban el Káiser y su gobierno, a cargo entonces de von Bülow, no tiene casi eco en 1907, al exponerla por vez primera en forma de artículo político. Sólo el mencionado canciller parece adivinar en su autor a un futuro reemplazante magnífico. Y en la imposibilidad de hacerlo en seguida ministro de Colonias, le ofrece una misión de estudio en el Africa, junto al titular Dernburg, que según Kessler habría preferido, probablemente, un compañero no judío.

Ráthenau, íntimamente humillado en este cargo subalterno, que algunos consideran todavía una distinción, no puede menos que desquitarse al año siguiente a su modo, presentando por intermedio de Albert Ballin, fundador del *Nordeutscher Lloyd*, un informe de primera mano sobre la situación real de Inglaterra en el dominio marítimo.

Hasta el estallido de la gran guerra imperialista entre Alemania y las naciones aliadas, Ráthenau no vuelve a desempeñar otra misión oficial. El intento no más de llevarlo al Reichstag dos años antes basta para que se dé cuenta cómo es odiado entre los terratenientes a causa de su origen y de sus ideas sociales.

Estas, desgraciadamente, distaban en algún aspecto menos de los teutómanos de lo que el propio Ráthenau de éstos, como hebreo de nuevo cuño. Pues aunque no sostenía ya el vínculo sanguíneo como fundamental y aconsejaba el injerto y la selección sin prejuicios como medios supremos de robustecer la eficacia del gobierno, todavía era muy sensible el orgullo prusiano. Así, en su libro *Para la crítica de nuestro tiempo*, publicado a fines de 1911 y que una década después había de dar tema a tantos pensadores menos originales, puede leerse lo siguiente:

«Las guerras modernas son en la vida internacional lo que los exámenes en la vida civil: pruebas de capacidad, de aptitud. Prusia, ayudada por Alemania, probó que era una gran potencia; la prueba de que es la primera potencia económica de Europa será exigida de Alemania tarde o temprano por parte de las naciones rivales. Presintiendo este arreglo consideramos que no sólo todos los juegos económicos de nuestro tiempo son aprestos bélicos. Cada nueva industria y cada nueva relación comercial equivalen a nuevos batallones. Toda política es política económica, preparación para la guerra.»

Claro que junto a este asombroso reconocimiento hay un diagnóstico igualmente asombroso sobre la salud moral de Alemania, herida de muerte por el nacionalismo, harto agresivo en su impotencia esencial. Allí ha de buscarse la clave del rechazo insolente que se hace a Ráthenau, a pesar de todos sus méritos. Una torpeza oficial u oficiosa motivará el mismo año 1911 su ensayo polémico, «Estado y Judaísmo», en cuya última observación se destaca esta frase que habría de olvidar un día el propio autor o su contrario:

«El que pide acceso a lugares donde no se le quiere, me inspira lástima, no puedo ayudarlo.»

A su aislamiento inmediato en medio de la vorágine imperialista de preguerra deberemos al año siguiente su obra fundamental: *Mecánica del espíritu*. Luego, al borde ya del abismo en que habría de hundirse con su país, redoblará su tarea periodística por medio de una serie de artículos, verdaderas señales de alarma, que forman su libro *Exhortación y advertencia*.

Pero producida la contienda europea de 1914 - 1918, el hombre que ha combatido afanoso hasta la víspera por un



plan aduanero de intercambio libre, destinado a romper la soberbia infundada de los «filisteos imperialistas uniformados», se pone a sus órdenes como técnico en la organización de las materias primas que aquéllos, cegados por el odio, no supieron prever. Y ni siquiera en esta ocasión el judío indispensable logra el respeto que merece su trabajo.

Según el testimonio autorizadísimo del conde Kessler, la oficina de Ráthenau aparece una mañana entre una empalizada que hicieron levantar los militares en la noche para separarla de los demás servicios del Ministerio de Guerra, como si se tratara de un departamentoapestado. Tal vez la vida misma de Walther Ráthenau peligraba ya. Con todo, éste no se hace atrás por amor propio antes de asegurar la economía de emergencia. Sólo entonces vuelve a su retiro de Freienwalde, que tantas suspicacias despertaría en sus adversarios, para ofrecer su experiencia en otro libro: *De cosas venideras*.

La guerra introduce, a juicio de Ráthenau, un nuevo modo de pensar, el reconocimiento de una simple verdad que viene a ser el primer paso hacia los tiempos futuros: la industria, lo mismo que el consumo y la demanda, no pertenecen ya al dominio privado, sino al de la comunidad.

En *La nueva economía*, que sigue a *Cosas venideras*, esta idea es desarrollada en todas sus consecuencias prácticas. Ráthenau indica el camino de una sociedad sin clases ni privilegios hereditarios al término de la guerra, que considera en sí misma una revolución.

Mientras tanto, aprovecha su innegable prestigio de hombre de mundo y de estadista para poner freno en forma indirecta y eficaz a la marcha desastrosa de la misma, que presente ya en crisis definitiva.

El general Lúdendorff, que al principio de la guerra firma un patético llamado a los «hermanos judíos» para defender a la «patria común», le parece todavía (es antes de la infame campaña submarina) el único Jefe del Estado Mayor que puede inclinarse hacia una paz decorosa, en la imposibilidad de obtener la victoria. Pero después de varias entrevistas estériles pierde, asimismo, esta ilusión.

Walther Ráthenau tiene ya cincuenta años cumplidos; el conflicto inacabable lo ha envejecido excesivamente y a la pérdida de su amistad con Maximiliano Harden se ha sumado la muerte de su padre y mejor amigo. Está, pues, más solo que nunca en Alemania. Y cuando Lúdendorff, finalmente desesperado, recurre al armisticio, el intrépido pacifista es el

único que no pierde la cabeza y aboga por un levantamiento en masa desde arriba para salvar del naufragio al país. Porque aún vencido — piensa —, el deber de un capitán es hundirse con su buque si no queda otro remedio; pero nunca saltar primero... Lúdendorff le parece ahora un Constructor Solness a la inversa, según el símil que brinda ex profeso al crítico teatral Alfred Kerr. Por su parte, como auténtico héroe ibseniano, será pronto «el enemigo del pueblo»...

En efecto, sobre la vida de Ráthenau penderá en adelante como una espada de Damocles la fobia criminal de Lúdendorff, el verdadero instigador de su asesinato entre la chusma nacionalista, tras el cómico menosprecio pequeñoburgués de la Socialdemocracia triunfante, al inaugurarse la desdichada República de Weimar.

El testimonio invocado por el tráfuga inescrupuloso ante la Comisión de responsabilidades de la guerra se reduce a una frase de Ráthenau que aparece con todos sus detalles de tiempo y lugar en su estudio acerca del Káiser. Cuanto al supuesto desdén que le manifiestan los socialdemócratas en una solemne sesión del Reichstag y que recuerda él mismo en las últimas líneas de su *Apología*, tiene un fundamento más largo de explicar.

Por lo pronto, sin desconocer la grandeza de Marx, Ráthenau fué siempre un adversario inteligente del marxismo. Y si es cierto que nunca tuvo para Federico Engels, su cuasi colega en el arte y la industria, tanta consideración como para el general Lúdendorff, tal vez la culpa no fuera del todo suya. Los epígonos del socialismo alemán ocultaron lo mejor del pensamiento político de aquél durante un cuarto de siglo a lo menos. La Revolución Rusa, que lo puso en marcha bajo Lenín, apenas le dijo de facto a Ráthenau hasta qué punto se había equivocado en su arrimo pacífico a Lúdendorff. A fuer de gran burgués, Ráthenau no podía menos que hacer asco al derrotismo inevitable como la propia guerra. Una década y media tardaría el resto sobreviviente de su generación, con Thomas Mann a la cabeza, en seguir el ejemplo antinacionalista de Lenín.

En su dualidad trágica, el Jano israelita no ignora el papel reservado a los hombres de su temple y de su época. Por tanto, advierte al principio de la hecatombe, con frase lapidaria: «Somos una generación destinada a servir de abono, indigna de florecer»... Y al término de la misma, en los dos años de su nuevo y fecundo aislamiento, cuando escribe la serie de sus mejores ensayos políticos —*La triple revolución, El nuevo*



estado, *La nueva sociedad* —, afirma en el segundo: «La guerra mundial no fué una guerra de los pueblos, sino de las burguesías. Nunca se repondrá la socialdemocracia del daño que se hizo desconociéndolo, al no atreverse a renunciar a aquella parte de sus masas que tenían más sangre de súbditos que de proletarios». (Ya en *El Káiser*, su primera contribución al estudio del sentimiento dinástico entre sus compatriotas, no exime a los socialistas de tal aberración que, a su juicio, caracteriza en Alemania no sólo a la casta militar.) Fiel a su clase hasta en la guerra injusta, pues no tiene alma de desertor, Ráthenau exige una fidelidad semejante al partido de la clase obrera. Su ideal es abolir una y otra, no conciliarlos episódicamente.

Con absoluta certidumbre insiste: «Si hemos de seguir este camino del imperialismo vergonzante bajo disfraz republicano-socialista, estaremos peor de lo que estábamos.» Era preciso enmendar rumbos y no aferrarse a los lugares comunes de la preguerra como si nada hubiera sucedido en Alemania.

*La nueva economía* le parece a Ráthenau el único plan adecuado a las circunstancias y su rechazo por quienes no tienen más programa inmediato que mantenerse a cualquier costa en el gobierno, le inspira este ataque irónico que no ha perdido su vigencia en ninguna parte: «A nada se habitúa uno tan fácilmente como a las delicias del poder. El que ha alcanzado el poder, a los compromisos llama política realista. ¿Nuevas ideas? Vaguedades de periodista. ¿Socialismo? Perturbación de una economía trastornada. Acaso más adelante. La responsabilidad del gobierno, ¡oh, amigos!, es mayor de la que vosotros creéis, no quisiéramos que tuvieseis que cargar con ella (cargamos nosotros). No tenéis idea de las dificultades. (Ya sabemos cuál es la principal: falta de talento).»

Alrededor de 1920, Walther Ráthenau es, sin duda, el literato más leído en Alemania y el único tal vez que sin hacerse ilusiones de ninguna clase o partido afronta el análisis de la realidad europea en forma clara y precisa. El proyecto de una liga humanitaria que ponga término a las guerras entre naciones, por bien intencionado que sea en principio, no constituye una panacea en su opinión. A Ráthenau no se le oculta como a Wilson lo que hay debajo de aquéllas.

En su ensayo titulado *Economía autónoma*, dice abiertamente: «La serie de las guerras internacionales sólo ha comenzado y continuará con intervalo de una generación hasta que haya concluído la revolución internacional.» No cree que Alemania en su bancarrota pueda empezar la próxima guerra

mundial; pero sí asegura que ésta se desencadenará por su causa. Lo que se ha cumplido al pie de la letra. Igual que muchas otras profecías de Ráthenau, empezando por la del infierno nacionalista. (*Nazi* en su abreviatura teutónica.)

Al execrar la demagogia pacifista que se opone hipócritamente a la violencia en tanto que tolera el asesinato de Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht, Ráthenau escribe: «Un año más en esta situación, que aparezca un jefe decidido de la contrarrevolución y el país afeminado lo seguirá.» Después de la frustrada tentativa espartaquista mantiene invariable su pronóstico: «Caminamos hacia la dictadura: hacia la proletaria o hacia la pretoriana.» No confunde ambas. El *statu quo* democrático, que puede ir unido lo mismo al capitalismo que al socialismo, le inspira igual desconfianza. Para Ráthenau el símbolo de la democracia en Alemania es la cervecería. Y ya hemos visto con Hitler qué borrachera ruin puede deparar la inocente cebada.

El antídoto revolucionario en manos de obreros guiados por jefes poltrones y aburguesados seduce aún menos a Ráthenau. En verdad, está lejos de soñar con Marx en una gradual desaparición del Estado. Sólo quiere moralizarlo, espiritualizarlo. Reconoce honradamente todo el camino hecho por las clases bajas europeas en el transcurso de una centuria. Pero asimismo, recuerda que mientras dos generaciones antes de 1789 los enciclopedistas franceses prepararon el derribo y la reconstrucción y dos generaciones antes de 1917 la intelectualidad rusa se había entrenado espiritual y prácticamente, «Alemania dormitaba en las experiencias manufactureras del año 40, cambiando la teoría marxista en un símbolo escatológico y quiliástico y viendo en el socialismo un movimiento sindical de salarios, unido con el parlamentarismo.» De ahí que cuando la revolución puso el poder a los pies de la socialdemocracia ésta sólo acertara a devolvérselo a las cabezas más claras de la burguesía, para decirlo enteramente.

Walther Ráthenau mismo es al fin llamado, a pesar de todas las críticas que había dirigido a una y otra clase. La primera vez en forma muy tímida a fines de Marzo de 1920, no bien una huelga general desbarata el putsch o aventura de Kapp. El nuevo gobierno tiene que nombrar una comisión socializadora para satisfacer las demandas populares. Ráthenau es invitado a integrarla por el ministro de Hacienda, Wirth, quien al promediar el mismo año lo impone como experto en la Conferencia internacional de Spa, junto a Hugo Stinnes. Este último era entonces el más rico industrial de Alemania y



una especie de absurdo augur de la bolchevización de su país como único medio de intimidar a Francia en sus exigencias de post-guerra.

Ráthenau, que preconizaba un entendimiento económico con la U. R. S. S., cuyo régimen había estudiado detenidamente, para llegar a la conclusión de que perduraría contra todos los obstáculos, se opuso, desde luego, al plan de Stinnes. Era fundamentalmente partidario de una colaboración francoalemana para reconstruir las zonas devastadas. Y esta política que más tarde recibiría el nombre de política de realización, tiene su punto de partida en la conferencia de Spa, no sin grandes tropiezos.

Al año siguiente, Wirth, convertido en canciller de otro ministerio, lo refuerza ofreciendo a Ráthenau el de Reparaciones. Y como éste acepta, indeciso al principio, pero en seguida dispuesto a todo con tal de ayudar a su país en la encrucijada, el antisemitismo creciente asoma en todas partes su artera máscara para cubrir lo inconfesable. Mas Ráthenau sabe que muchos hombres tendrán que rodar uno tras otro al abismo antes de colmarlo.

He aquí cómo juzga su biógrafo Harry Kessler dicho acontecimiento:

«Yo creo que se puede y se debe decir que la entrada de Ráthenau al gobierno modificó profundamente la situación de Alemania. Una voluntad y un pensamiento vinieron a sostener la política de negociaciones conducida después de Spa sin firmeza y sin ideas fecundas. Por primera vez en el exterior se sintió que un hombre de gran envergadura, un hombre de voluntad sólida y pensamiento fértil tomaba en sus manos esta política.»

Al mundo entero se hizo evidente la buena voluntad de Ráthenau. Sobre todo cuando, al cabo de una breve salida del gobierno para ir a Londres en misión diplomática, le fué ofrecido, por el propio Wirth, el ministerio de Relaciones Exteriores.

La misma excepcional intransigencia de Poincaré a su respecto, que parecía haberlo derrotado de antemano en la Conferencia de Cannes, no logró más que confirmar su triunfo definitivo en la de Génova. Es aquí donde Ráthenau impone su prestigio de estadista en favor de la unidad de su país. El tratado que firma con la delegación soviética en Rapallo inicia un verdadero cambio en las relaciones europeas y justifica en todo sentido aquel oportuno verso de Petrarca, que con su antiguo conocimiento del idioma italiano, invoca en

la última línea de su gran discurso conciliador: *Io vo gridando pace, pace, pace!*

Sólo una parte de la extraviada juventud alemana, ebria con la injuriosa propaganda del antisemitismo alquilon, que había elegido a Ráthenau como chivo emisario de todos sus crímenes, no quiere ver en su odio irracional cuánto hace «el puercito judío» por la salvación de sus propios enemigos. El proletariado alemán, libre aún del virus endémico de sus clases altas, sí lo comprendió en seguida. Ráthenau no era uno de los jefes salidos de sus filas y menos todavía un demagogo a su servicio. Pero al caer, pocas semanas después de su regreso de Génova, bajo el plomo asesino de la canalla prehitleriana, un millón de obreros acompaña su féretro en señal de duelo y de protesta. Y no sólo en Berlín. Los sindicatos suspenden el trabajo en todo el Reich. Hay inmensas manifestaciones en muchas ciudades industriales. Jamás Alemania ha rendido tales honores a uno de sus ciudadanos — asevera el Conde Kessler, para concluir que la muerte de Ráthenau había encontrado al fin el eco que siempre faltó a su vida y a su pensamiento.

En ello estriba, sin duda, lo que llamamos la tragedia de Walther Rathenau desde un punto de vista universal. Nacionalmente, lo entiende, de igual modo, el biógrafo que tantas veces invocamos en nuestro estudio. Pero Kessler hace asimismo hincapié, sin mayor fundamento, en un contraste que no debemos pasar por alto, aunque sea de mucho efecto para un Ludwig, que al hablar de Ráthenau incurre todavía en otro más insostenible.

En verdad, es demasiado decir que a Walther Ráthenau lo ha perdido su «judaísmo» y que íntimamente compartía las ideas «racistas» hasta el punto de admirar el tipo «ario» de quienes lo asesinaron. Hay numerosas pruebas que contradicen tan graves afirmaciones. El mismo Kessler destaca los siguientes párrafos de unas cartas escritas por Ráthenau a un amigo racista durante la guerra: «Estoy convencido de que la fe, la lengua y la cultura dominan con mucho el problema fisiológico de la mezcla de sangre y lo allanan... Para mí lo que decide la pertenencia a un pueblo, a una nación, es únicamente el corazón, el espíritu, el carácter y el alma.»

Como ya indicamos al principio, Ráthenau coqueteaba en sus escritos juveniles con los fantasmas de la Selva Negra; pero después de la guerra insiste, a pesar de algunas amistades teutómanas, en descubrir cada vez que puede la superchería racista.

Vamos a copiar a este propósito un fragmento de su ensayo *La nueva sociedad*, escrito en Septiembre de 1919:

«De pronto, en vez de una Alemania espiritual, se vió una sociedad de intereses brutal, estúpida y ambiciosa que quería hacerse pasar por Alemania y que no pudiendo referirse a ninguna obra, a ningún pensamiento suyo, se jactaba de una pureza de raza desmentida por su aspecto y que sólo conocía rencores, frases de círculo y subordinación, y que dando a estas cualidades el calificativo de cultura, pretendía el dominio del mundo.»

¿No parecen estas palabras un retrato al natural del Tercer Reich que Inglaterra estabilizó con su crédito? Pero hay aún algo más que por su extensión tenemos que dejar fuera del presente artículo. Porque no entra en nuestro propósito hacer una exposición completa de las ideas de Walther Ráthenau y menos desde un punto de vista literario. Sólo hay en español una media docena de sus ensayos políticos. Un excelente volumen misceláneo: *Walther Ráthenau a través de sus obras*, editado en Buenos Aires, no incluye una línea de su *Mecánica del espíritu*. Ojalá lo haga en forma organizada y esencial la Biblioteca del Pensamiento Vivo. A su editor argentino le sugerimos la presentación de un haz de páginas escogidas con criterio artístico por algún amigo de Ráthenau, Fritz von Unruh, por ejemplo.

Ya Goethe observaba en una carta de 1824: «Aquellos alemanes que como hombres de negocios y de mundo tienden sólo a lo práctico, son los mejores estilistas.»

Sin duda no es ajeno a la tragedia de Ráthenau este «germanismo» ensayado en forma operante. Le venía de donde le vino a Lutero. Lástima que lejos de llevarlo en su ministerio efectivo hasta las últimas consecuencias, Ráthenau sólo consiguiese apuntalar con su propia vida un régimen de componendas que apenas pudo sobrevivirle una década.

¿Tenía derecho a inmolarse así quien había escrito en *La Triple Revolución* palabras tan lúcidas como las siguientes?:

«La dirección de nuestra época no es la refleja que se ejerce públicamente... sino la solitaria y armoniosa que nace en las habitaciones de los escritores... Entramos a una época de emigración vertical de los pueblos en que descenderá el nivel de la civilización. En Occidente después que en Alemania; pero también allí a la vuelta de unos decenios.»

André Gide ilustra en su *Diario* tácitamente la diferencia más notoria entre Ráthenau pensador y estadista. Mientras el primero le merece unas cuantas páginas de testimonio insuperable, sólo tiene unas cuantas líneas para el segundo y su *leit-motiv*: «Europa entera corre al abismo.»

Del brillante ministro asesinado en la cumbre de su carrera política queda, en efecto, mucho menos que del literato mundano y profético. Basta hojear no más algo de cuanto escriben hoy los defensores intelectuales de una democracia hipócrita y santurróna en lugar de un socialismo impuro y «utópico» para convencerse hasta dónde repiten sin chispa el verbo ardido de Walther Ráthenau.





PALABRAS PROFÉTICAS

(1917)

LA HISTORIA no conjuga el modo condicional; habla de lo que es y fué, y no de lo que sería y habría sido. Sabemos que sucedieron estas cosas, y puesto que han acontecido, tienen un sentido; si no, nosotros deberíamos atribuirles uno. El sentido es aquí que la guerra ha hecho madurar en años, lo que de otro modo acaso habría necesitado decenios y siglos.

Podemos desembarazarnos también de la superioridad de aquella sonrisa filosófica que, en señal de infecundidad, opone a todo sincero esfuerzo por un porvenir de la humanidad la frase irónica de «arreglar el mundo», viendo el numen de los acontecimientos en las novedades del día y en las charlas de café, tras de creer que ha probado, a fuerza de sudor, que el mundo y los hombres nunca pueden transformarse y menos aun resultar mejores o más felices.

Todo aquel que conoce mis escritos, sabe que no espero un cambio de la naturaleza, sino una modificación de las apreciaciones siempre variables, y que no pido para todos nosotros la dicha, sino la libertad, la responsabilidad y el ennoblecimiento del alma. Pero, aunque con criterio más rígido, se niegue toda elevación del espíritu que lo encamine hacia lo divino, no puede encubrirse con mentiras la transformación del estado humano - social del planeta. Aunque se le cuelguen los conceptos más pobres del desenvolvimiento y aún de la adaptación, este cambio subsistirá, marchando de siglo en siglo con ritmo más agitado, acelerado y arrebatador. También esta mezquina acomodación exige resoluciones, estas resoluciones exigen fines, y estos fines exigen ideas. Quien sienta su dosis de responsabilidad por los ideales de la humanidad, no puede resistirse, sino que debe hablar, sin preocuparse ni por advertencias, burlas y objeciones, ni por la felicidad y sus consecuencias.

¿Cuál es el acontecimiento que rugiendo se desencadena a nuestro alrededor? Lo denominamos «guerra», porque adopta la forma de una lucha entre naciones y porque en la tierra, el agua, el aire y el fuego combaten los pueblos convulsionados.

Las generaciones venideras comprenderán el fenómeno: Lo que experimentamos es la revolución del mundo, la erupción volcánica de las capas bajas, prepotentes, ardorosas, de la fortaleza humana. No se realiza, como opinaron sus heraldos de tiempos pasados, en forma desordenada, de sublevación de las masas, con picas y hoces: esto sería poco, y no habría hecho volar las anclas y los polos del mundo. Aturridas y enloquecidas por sus tensiones interiores embriagadas por los dos últimos y más sublimes productos de destilación del viejo orden y estremecidas ante el nacionalismo y el imperialismo, las naciones deben lanzarse contra las naciones con el esplendor y la disciplina de sus regímenes estatales y bélicos, con los recursos completos de sus economías y ciencias, y con el furor y la aflicción de sus espíritus y corazones.

Piensan que la lucha es por el dominio y la existencia; su origen nadie lo comprende y sus fines deben averiguarse posteriormente, con rectificaciones mensuales. En realidad, redúcese a cenizas el viejo orden económico y acértese el tiempo en que estallará en llamas el antiguo fundamento del orden social. Pero mientras se registran enormes ganancias económicas en todos los países civilizados y aumenta en proporciones inmensas la cifra global de las fortunas, nadie se da cuenta de que la sustancia de los recursos no se acrecienta, sino que disminuye, que a las crecidas reclamaciones de bienes se contraponen valores menores y que con ello baja de mes en mes la unidad de los bienes y progresa en realidad aquel fenómeno, que en espera de catástrofes distintas nuestros antecesores llamaron la expiación de los expiadores.

Inconcebiblemente paradójico, indeciblemente contrario a toda profecía, y sin embargo, de una sencillez contundente, es el hecho de que la revolución mundial y el juicio final se concretaron en una sola cosa: la guerra mundial. La mecanización, la inanimación y la economía libre adoptaron axiomáticamente, como relevados de toda prueba, los preceptos que podían negarse en libros y sermones y debían confirmarse en la vida terrenal. Los objetos de la vida son la técnica y la mercadería, esto es, la comodidad y el goce. Sus medios son la inviolable clasificación de los pueblos y la política imperialista de los Estados, es decir, proletariado y armamento. Su fin es un elevado número de individuos, y además riqueza y poder del particular, esto es, imperialismo y economía libre. Su efecto es la lucha competidora de las naciones por las ma-

terias primas, por las posibilidades de venta y por el predominio, vale decir, nacionalismo, odio entre las naciones e intrigas de diplomáticos.

.....

Lentamente término el incendio del cual ninguna nación sale como fué antes. Trascurren el verano y el otoño; la naturaleza, inocente y creyente en el sol, respira según sus leyes primitivas el aire de sus días y sus noches, reflejando en el levante y en el ocaso el arco iris de su alfombra terrenal. Pero bajo aquellos árboles, nubes y estrellas imperecederas se ha transformado el género humano. Quienes regresan desde infiernos de barro y llamas, desde los abismos del mar, desde la cautividad sufrida bajo el ardor del sol y en noches glaciales, desde países arrasados, desde falsos paraísos, desde los tormentos de la conciencia y del alma, desde sufrimientos maternales y casas de inválidos, desde el odio y el sacrificio, desde el torbellino y el enriquecimiento, desde el pecado y la fe: los muertos y los vivos, los mutilados y los enfermos, los arruinados y los fortalecidos; todos ellos, todos han llegado a adquirir experiencias. Aunque se desgarran en contiendas interiores, se junten en la voluntad o se unan en Dios, no son ya quienes fueron; vieron profundidades y llevan su tenebroso reflejo en los ojos.





# BIOGRAFIAS

## VIDAS NOTABLES DE GRANDES VALORES HUMANOS DE TODOS LOS TIEMPOS

**LA PEQUEÑA CRONICA**, por Ana M. Bach. La vida sencilla de un genio musical en un elegante volumen de Biblioteca Zig-Zag. \$ 10.—

**LA VIDA DE GABRIELE D'ANNUNZIO**, por Mario Giannantoni. La silueta inquietante de un poeta discutido, en todas las etapas de su vida agitada e impetuosa. \$ 50.—

**EL INMORTAL DE LOS ANDES**, por Armando Bazán. El perfil histórico de José de San Martín captado en un sentido íntimo y profundo. \$ 20.—

**LORD COCHRANE**, por Enrique Bunter. La obra y el carácter del ilustre marino británico que tanta gloria dió a Chile, en una cuidada edición. \$ 40.— De lujo \$ 60.—

**ENRIQUE OLAYA HERRERA**, por Alfonso Rumazo. La notable labor de un gran estadista y de uno de los más preclaros hijos de Colombia. \$ 30.—

**MEMORIAS DE LA DUQUESA DE ABRANTES**. Un «testimonio vivaz, seguro e inolvidable» de la vida de Napoleón Bonaparte, escrito por la Duquesa de Abrantes, esposa de Junot. Un volumen de la Biblioteca Zig-Zag. \$ 10.—

**CRISTO JESUS**, por el R. P. Rafael E. Housse. Un voluminoso libro con la vida íntima del maestro interpretada por un talento acucioso en la investigación y profundamente humano en su sensibilidad. \$ 80.— De lujo \$ 130.—

**LAS AVENTURAS ESPAÑOLAS DE WASHINGTON IRVING**, por Claude G. Bowers. La intimidad diplomática del representante de EE. UU. en España, analizada por un profundo admirador de la tierra y la raza españolas. \$ 60.— De lujo \$ 100.—

**JEROMIN**, por el P. Luis Coloma. La vida extraordinaria de Don Juan de Austria narrada por una pluma de aguda penetración psicológica. \$ 40.—

### PRECIO EN EL EXTERIOR:

Calcúlese U. S. \$ 0,04 por cada peso chileno

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos  
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador*

## EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile